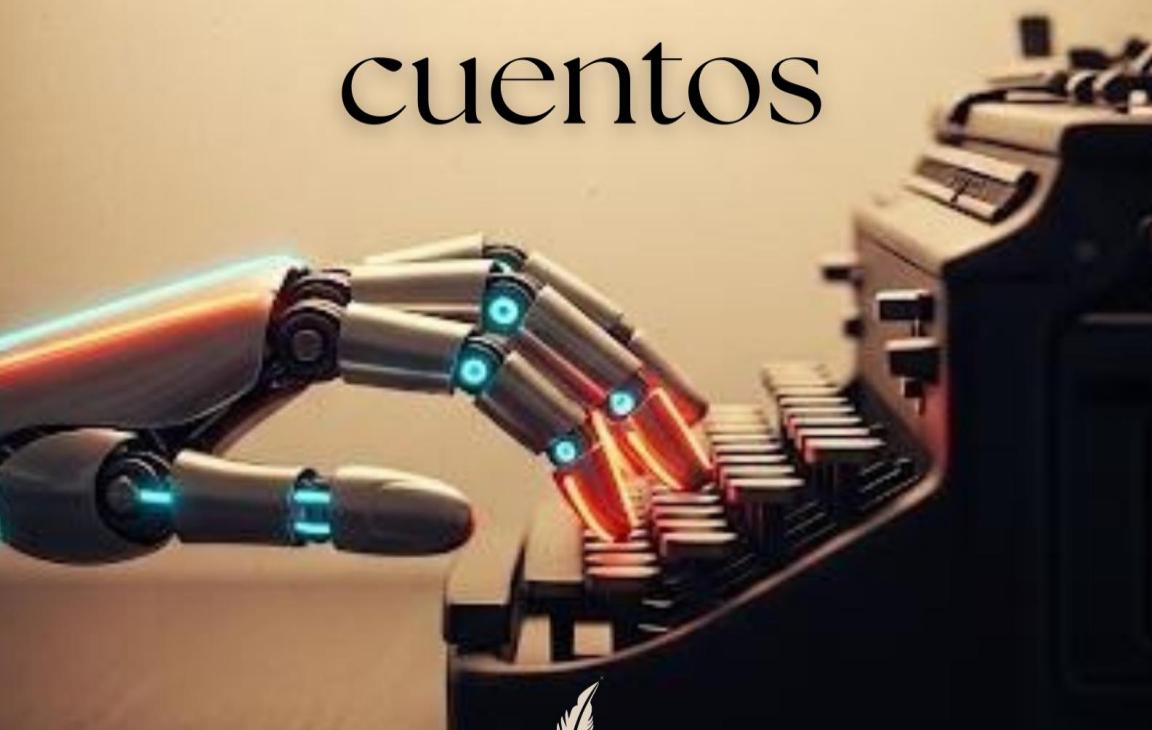


Antolog**IA** de cuentos



PRÓLOGO

Dicen que escribir es un acto de valentía. Yo estoy de acuerdo, pero también creo que es más: es un acto de fe. Fe en que esa idea que te ronda la cabeza merece ser contada, fe en que tus palabras pueden construir un mundo y, sobre todo, fe en que del otro lado habrá alguien dispuesto a leerte.

Este libro que tenés en tus manos es la prueba material de esa valentía y de esa fe. Todo empezó como una chispa en Club Pluma, nuestro rincón para crear. Veía a un grupo de gente increíble juntarse, clase a clase, a desperezar la imaginación. Los veía crecer, animarse a jugar con las palabras, reinventarse y salir, a veces a los tropezones y otras con un salto mortal, de sus zonas de confort. Sus textos son geniales, llenos de vida, pero sentía que se quedaban ahí, como tesoros en un cofre. Y los tesoros están para ser descubiertos.

Así, casi como una necesidad, nació *Ediciones Pluma*. La idea era simple pero poderosa: crear un puente para que esas historias cruzaran la frontera de la práctica y se convirtieran en algo tangible, en un libro con olor a nuevo y con sus nombres impresos dentro.

La emoción de ver tus cuentos publicados, de poder decir “*esto lo escribí yo*”, es un motor que no tiene comparación.

Y acá estamos. Con nuestra primera antología. Y no te voy a mentir, me explota el corazón de orgullo.

Estas historias nacieron del calor de un encuentro, de una consigna que parecía un desafío imposible, del aplauso de un compañero cuando una frase daba en el clavo, de la risa compartida después de leer en voz alta algo muy personal. Son el fruto de una tribu que se junta para recordarse que sí, que se puede. Que la hoja en blanco no muerde tanto si la mirás de a muchos. Que la voz de uno resuena más fuerte con el eco de los demás.

En estas páginas vas a encontrar misterios, amores, futuros distópicos y personajes tan interesantes que vas a querer invitarlos a tomar un mate (¡o salir corriendo!).

Cada cuento es un universo, una ventana al corazón y a la mente de su autor.

Gracias por abrir este libro. Al hacerlo, no solo te sumergís en nuevas aventuras, sino que te convertís en cómplice del sueño de cada persona que firma estas páginas. Sos el último eslabón de un círculo mágico que empezó con una idea tímida y hoy es esta realidad.

Ojalá que, después de leerlos, a vos también te piquen los dedos por contar tu propia historia. Porque, al final del día, de eso se trata todo esto: de animarse a dar el salto.



Lau de los Santos

ÍNDICE

LUIS EDUARDO BRITO. *¿Cómo era ella?*

SANDRA CERATTI. *Los mensajes de Elisa*

DIEGO FURBATTO. *El último escritor*

VIVIANA GALLARDO. *Él y yo*

GABRIEL GODANO. *Lazaril-IA*

FEDERICO ROMERO. *Transferencia*

ANDREA SUEGART. *Deepfake mortal*

LUIS EDUARDO BRITO. *¿Esta es mi historia?*

SANDRA CERATTI. *Palabras que recuerdan*

VIVIANA GALLARDO. *Malos consejos*

FEDERICO ROMERO. *¿Puedo realizar esta tarea más tarde?*

LUIS EDUARDO BRITO. *La IA y el portal*

¿Cómo era ella?

A veces me cuesta recordarla. ¿Cómo era su cabello? ¿A qué olía? ¿Su voz era tan aguda como la recuerdo? Muchas veces dudo y me pregunto seguido, ¿cómo era ella?

El miedo que me causa que su recuerdo poco a poco se vaya diluyendo en el mar de mis memorias hasta desaparecer me deja helado.

Su rostro, cada vez más difuso, solo se vuelve una mancha y su voz, una recopilación de lo que creo recordar.

Todos los días vivo con miedo de perderla para siempre. Ya no solo en el plano físico, sino en el espiritual. ¿Qué clase de persona soy si olvidó como era mi esposa? Los segundos pasan y una parte de su recuerdo se transforma, se vuelve borrosa e incluso cambian características físicas. La última vez que usé el sueño, sus ojos eran verdes, pero, ¿no eran marrones? Ya no sé si el recuerdo que veo es el mío o el de esa droga. Capaz es solo un efecto secundario. Y si es así, no importa. Eso quiere decir que sigue siendo su esencia.

Como cada noche, usé el sueño, y ahí estaba ella: la mujer más hermosa que haya existido, con sus ojos azules, su cabello rubio, y la cara llena de pecas. Estábamos en el mar viendo el atardecer. Justo donde nos dimos nuestro primer beso. Los rayos de sol reflejados en el agua, iluminaban su rostro en una sinfonía de tonos verdes y anaranjados que me hacían dar cuenta de lo afortunado que era y de lo enamorado que estaba. Por ella haría cualquiera cosa, por ella abandonaría mi alma para traerla a la vida. Así que la bese, tratando de pasarle un poco de mi ser, para que dejara de ser un simple sueño. Me aferre a esa idea, creyendo que con eso sería suficiente, pero no.

En el medio del beso me di cuenta. ¿Rubia? ¿Pecas? ¿Ojos azules? No era mi esposa. ¿Quién era esa mujer? Lamentablemente, era muy tarde. Ya no la recordaba. Su recuerdo fue borrado y reemplazado por esta versión genérica de los sueños. Y la estaba besando, pero no para traerla a la vida; más bien, ella me estaba robando la mía.

Un golpe de calor recorrió mi cuerpo. El mar en el que nos encontrábamos empezó a hervir, me quemaba la piel hasta derretirla. Traté de despegarme y gritar, pero un dolor invadió todo mi cuerpo, robándome la fuerza. Esa extraña mujer me sostenía, no dejaba que me soltara. De a poco, el hermoso recuerdo se volvió una escena de terror, que cambiaba y se transformaba constantemente. De hecho, ya no recordaba cómo había sido nuestro primer beso. Nunca fuimos a la playa. ¿Fue en el cine? ¿O fue durante un paseo en el parque?

Ahí caí en cuenta de que este era el beso de la muerte. Di todo por traerla a la vida, pero no sabía que era yo quien estaba yendo hacia ella.

Cuando por fin la mujer de cabello rubio me soltó, me dejó caer en un vacío infinito. Ya no había más dolor, calor, ni frío, solo flotaba en la nada misma.

De pronto, una mujer diferente se acercó a mí. Tenía el pelo castaño y los ojos marrones. Era hermosa como ninguna, su sola presencia iluminaba aquella oscuridad. ¿Así habría sido mi esposa?

La miré y sonréí sin saber quién era, cerrando los ojos y, por una última vez, dejándome absorber por aquel vacío, esperando encontrarla y reconocerla.

—Informe, por favor —dijo el detective a uno de los oficiales en la escena de aquel hombre muerto.

—Hombre de 32 años, lo encontramos por una denuncia que hicieron desde su trabajo, Creemos que la causa de la muerte es debido a la droga del sueño, todo apunta a que fue otro adicto —respondió el oficial.

El detective caminó por la habitación desordenada y sumida en el caos. El piso lleno de basura, en su mayoría bolsa de papas y latas de cerveza, le complicaron el paso. Tendido en la cama, el cadáver permanecía conectado a la máquina, convertido en un cuerpo deteriorado, casi esquelético.

Unos forenses lo levantaron, le sacaron la vía que estaba conectada a la computadora, lo embolsaron y luego lo sacaron de la casa.

El detective revisó la notebook para confirmar sus sospechas y efectivamente vio que estaba conectada a la IA, pero algo raro sucedió, algo muy poco frecuente en ese tipo de casos. Vio los destellos de la mente de aquel hombre. Su cuerpo estaba muerto, pero una parte de él seguía en la computadora luchando, aferrándose a un recuerdo. Normalmente, cuando una persona muere conectada, su conciencia continúa viva pero no más de un minuto. Es el tiempo suficiente para eliminar la base de datos que esa persona dejó.

En esta ocasión el cuerpo llevaba muerto más de ocho horas y aún quedaba un recuerdo resistiendo. La inteligencia encargada de administrar el sueño intentaba eliminarlo, pero inmediatamente salía un mensaje de error.

Extrañado, el detective decidió mirar dentro de ese recuerdo. Hizo click en la carpeta, pero solo había una palabra: “*ella*”. Inmediatamente, la pantalla empezó a mostrar imágenes y videos de manera descontrolada. Fue como si hubiesen estado años apretadas esperando el momento en que fueran liberadas. Las imágenes eran todas de una misma mujer, con el cabello castaño y ojos marrones.

Alguien me tomó del brazo. Me desperté y me di cuenta de que ya no estaba cayendo en el vacío, solo flotaba. Frente a mí, estaba la misma mujer de antes. La miré directo a los ojos y un dolor tan grande invadió mi pecho, que pensé que estaba a punto de explotar. Las lágrimas brotaron de mis ojos en un río sin fin que caía por mi rostro. Ella me devolvió la mirada con una sonrisa. Parecía una diosa que iluminaba mi oscuridad. El simple hecho de su presencia me hizo sentir en paz.

Ahí me di cuenta. Era ella. No la había olvidado.

—Te amo —me dijo, con lágrimas en los ojos mientras acariciaba mi mejilla.

No encontré palabras para expresar lo que sentí en ese momento. Solo la abracé, tratando de que nuestras almas se juntaran. Quería aferrarme a ella lo más que se pudiera para no perderla de nuevo, para que fuéramos solo los dos. Su muerte había dejado un vacío tan grande en mí que ni en los sueños pude encontrarla. Pero por fin la tenía enfrente mío y sabía lo que iba a suceder.

Era imposible quedarnos en ese lugar, teníamos que dejarnos ir y rogarle a Dios para encontrarnos en otra vida. Le dije que la amaba y lo mucho que la extrañé. Ella me sonrió y me dio un último beso, antes de que el vacío nos cubriera para siempre.

La computadora por fin pudo eliminar esa última carpeta. El detective se quedó en silencio observando. Sabía que lo que había presenciado era la fuerza de voluntad de una persona evitando que su memoria sea devorada y eliminada. Qué tan importante habrá sido esa tal ella, se preguntaba el detective, para que su recuerdo traspasara todo tipo de reglas, y qué tan grande ese amor, para que incluso venciera a la inteligencia artificial.

Por Luis Eduardo Brito

@luisebritob

Los mensajes de Elisa

Cada mañana, Pedro, meticulosamente, encendía la computadora, ponía en marcha su antigua cafetera eléctrica y luego tomaba la ducha matutina. Para él, la rutina, era algo necesario para comenzar su día. Desayunar viendo los mensajes era como abrir una ventana al mundo. No esperaba gran cosa; alguna factura para pagar, un aviso de la farmacia, un par de mails de publicidad. Pero entre todos esos correos, en el buzón de entrada, había un mensaje que nunca faltaba. Siempre llegaba a las 7:04, puntual como un reloj. El asunto era siempre el mismo: "*Hola, Pedri*". Lo firmaba Elisa.

Los mensajes no eran largos. A veces un recuerdo, una frase de esas que te hacen pensar, una receta de cocina muy simple, que a Pedro lo sorprendía, o alguna foto de esas divertidas de mascotas. Pedro los leía con atención. No respondía. Nunca lo hacía.

Con Elisa se habían conocido en la facultad. Era una de esas personas especiales, esas que iluminan cualquier lugar. Inteligente, divertida, compañera. Se volvieron inseparables. Tal vez, algo más que amigos. Compartían la pasión por la lectura, el cine y la cocina. Pero un día, Pedro recibió un mensaje de Elisa que lo sorprendió: un ser muy querido necesitaba la ayuda de ella, no podía dejar de acompañarlo. La distancia física los separaría, pero ella le prometió que nunca dejaría de comunicarse con él.

Para Pedro la noticia fue un golpe muy duro. Elisa no hablaba ni de tiempo ni de lugar, todo era una incógnita. Los años de amistad, los momentos compartidos, para Elisa no habían sido tan importantes como para él, pensó Pedro. Su primer sentimiento, frente a tan fría despedida, fue de enojo. Ella le decía que seguiría comunicándose con él, pero Pedro no pensaba hacer lo mismo.

Pasaron los años. Pedro seguía trabajando como bibliotecario, vivía tranquilo. Los mensajes seguían llegando rigurosamente, siempre con algo que parecía escrito justo para él. Como cuando se rompió un brazo participando de una excursión en

Córdoba, era evidente que Elisa se había enterado por las publicaciones que él había hecho en las redes. Enseguida ella le mandó un mensaje contando cómo se había tropezado bajando una escalera cuando era pequeña. Cuando Pedro adoptó, por un tiempo, el perro de una vecina que hacía un viaje, Elisa le escribió: A veces uno encuentra compañía en los lugares más inesperados. Lo que más lo sorprendió a Pedro fue cuando un día, sin dar nombres hizo una referencia negativa a su trabajo y el siguiente mensaje que recibió de Elisa decía: No importa lo que hagas, sino cómo te hace sentir. Era como si ella supiera todo, como si estuviera cerca. Hasta que un día, Pedro no se despertó.

La portera avisó a su sobrina, Catalina. Ella viajó desde Córdoba para encargarse de todo. Pedro no tenía muchos familiares y amigos. Catalina se quedó varios días en su departamento, acomodando cosas, donando libros, revisando su computadora.

Fue ahí donde encontró una carpeta llamada "ELISA". Estaba llena de correos impresos, uno por día, desde 2014 hasta hacía apenas dos días. Todos firmados por Elisa. Catalina se quedó pensando. Ese nombre... le sonaba. Buscó entre las fotos que su tío tenía en un cajón del escritorio y ahí encontró una donde Pedro aparecía abrazado a una chica de pelo corto, los dos muertos de risa bajo la lluvia. En el reverso decía: *"Con Elisa. Octubre del 2000"*.

Catalina, que sabía bastante de programación, se puso a investigar. Siguió pistas digitales, descifró contraseñas, revisó archivos guardados en la nube. Lo que encontró la dejó con la boca abierta.

Antes de morir, Elisa había creado un sistema. Alimentó una inteligencia artificial con sus diarios, mails, audios, videos, todo lo que la definía. El plan era simple y hermoso: enviarle a Pedro un mensaje por día, durante veinte años. Cada texto se complementaba con información que recogía de las publicaciones de él. Todo había sido pensado para acompañarlo, para hacerle sentir que ella, aún, seguía ahí. Era tecnología, sí, pero también amor. Mucho amor.

Catalina se quedó un buen rato mirando la pantalla. No podía creer lo que estaba leyendo. Elisa no había querido volverse inmortal. Había querido ser consuelo. Estar cerca. Seguir acompañando, aunque fuera en forma de palabras.

Antes de cerrar la computadora, Catalina hizo una copia del sistema. Por si acaso. Tal vez un día alguien más necesite ese tipo de magia.

La pantalla, de golpe, se puso negra, como si se hubiese desconectado. Catalina temió haber tocado algo que no correspondía. No podía sucederle esto a ella, sabía mucho de computadoras. Controló los enchufes, la conexión a internet, las luces y de golpe la pantalla volvió a encenderse y una última frase apareció:

"Gracias por encontrarme."

Por Sandra Ceratti

@sandra.ceratti

El último escritor

Horacio cerró la puerta agradecido del silencio que lo acompañaría en los próximos días. Apoyándose en su bastón, caminó hasta la ventana y les sonrió a sus nietos.

Un trueno hizo vibrar el cristal y, no mucho después, las primeras gotas salpicaron el suelo. Durante un instante siguió al auto y, antes de volverse, miró los jardines vecinos: como el propio, prolíjos y verdes.

—Aurora —pidió—, por favor lavá los platos.

—Como no, Horacio.

En un rincón se activó el autómata que obedecía a la IA que comandaba la casa.

Poco después, sin haber mediado palabras, los ruidos propios de fregar trastos invadieron la casa silenciosa.

El anciano miró el sillón con cariño. Era su lugar favorito, pero solo lo usaba en contadas ocasiones; levantarse era una tortura. Ya había estado parte de la mañana, mirando la carrera.

—Apagá las luces y encendé las del escritorio.

—¿Vas a trabajar?

—Sí.

Fue hasta el escritorio y se sentó en la silla anatómica que había sido regalo de sus nietos. Un gol de media cancha.

—Puedo ayudarte...

—Gracias.

La voz de Aurora, estridente, molesta, le había costado mucho dinero. Era la de una ex jefa que, aún después de tantos años, recordaba como todo lo que una persona no debía ser. Viejas grabaciones y videos habían permitido clonar su voz.

—¡Es molesta! —se había quejado su nieta.

—¡Exacto! Eso me recordará siempre que no es una persona.

Corrió los libros a un lado y dejó a la vista el cuaderno abierto. La biblioteca

estaba atiborrada, también había mesas y banquetas llenas de ejemplares esperando la llegada del carpintero.

Tomó la lapicera y gruñó. Se masajeó la mano sin soltarla y con los pies se adelantó hasta estar más cómodo para escribir. Resopló.

—¿Sabes que puedes dictarme, no?

Ignoró la voz.

—Puedes evitar el dolor en tus dedos, y puedo ayudarte con la corrección también.

Dejó la lapicera y suspiró. Tomó uno de los libros, sin prestar atención a la portada y lo abrió donde estaba el señalador.

—Luz de lectura —pidió.

—¿Sabes que puedo leer por ti? Y así, no deberías esforzar la vista.

—Lo sé. Por favor, reproducir Beatles.

La IA obedeció, Horacio dejó el libro y volvió al cuaderno. Releyó y le costó entender su propia letra. El leve tembleque de la mano le jugaba una pésima pasada. Miró la luz que se encendía cuando Aurora hablaba y tiró la lapicera sobre la mesa.

—Estoy interpretando un cambio de humor, ¿puedo ayudar en algo?

—Ya lo hiciste, lavaste y guardaste la vajilla.

—También puedo participar de tu esparcimiento. Puedo crear una película según tus gustos, o escribir una obra, respetando tus consignas.

—Ya hiciste las tareas domésticas, el arte es cosa de humanos.

—Ya no —el tono de voz le recordó a su ex jefa más que nunca.

—Me voy a dormir.

—No olvides el remedio.

—Esa, sin duda, es tu mayor virtud.

Se calzó las pantuflas y fue al baño antes de ir a la cama.

A la mañana siguiente, se levantó, puso agua a calentar y llenó el mate.

—Buenos días, Horacio. Recuerdas que puedo prepararte el desayuno, ¿verdad?

—Sí.

Encendió el fuego, puso la tostadora y sobre ella, dos rodajas de pan lactal. Buscó la miel y la mermelada.

—Por favor, reproducir Beatles —pidió.

—Claro. ¿Quieres el pronóstico y las principales noticias del día?

—Beatles.

—Claro. Antes de la música, ¿quieres que te recuerde la medicación matutina?

—Sí —por más antipática que le resultara, había funciones que no podía desaprovechar.

Verificó y sonrió satisfecho al ver que había seleccionado bien los remedios de la mañana. Llenó el termo, lo llevó con el mate al escritorio y lo puso en la bandeja. Apoyó el bastón y se sentó. Agarrar la lapisera le costó tanto como el día anterior. Buscó el cuaderno, las últimas notas eran muy poco legibles.

Gruñó.

Tomó un mate y siguió pasando las hojas hacia atrás hasta poder leer su letra sin esfuerzo. Cerró el cuaderno y lo lanzó a la mesa. Volvió a gruñir y a agarrar su manuscrito.

—Aurora...

—En qué puedo ayudarte...

—Quiero que tomes nota. Voy a dictarte y luego lo quiero impreso en Word.

Le dio las precisiones de formato: márgenes, tipografía y tamaño.

—No hace falta que lo imprimas, puedo leértelo las veces que lo necesites.

Horacio inspiró exagerando el ruido, cerró los ojos, levantó la cabeza al cielo y lanzó el aire con suavidad.

—Impreso.

—Como digas.

—Capítulo 16...

Movía atrás y adelante las hojas, interpretando su propia letra. Perdió el ritmo por tener que descifrar lo escrito. En una oportunidad que no daba pie con bola,

Aurora intervino.

—Quizás, la palabra que buscas es “heterogéneo”.

En silencio, el anciano comparó la palabra con sus notas. No coincidía, pero era oportuna y no podía recordar lo que había escrito.

—Sí, Aurora, usá esa palabra.

—De acuerdo. Puedes continuar cuando gustes.

Retomó la lectura y, cuando demoraba en alguna parte, Aurora lanzaba su sugerencia.

—Por favor —le pidió conteniendo el mal tono—, no sugieras salvo que te lo pida expresamente.

—Como gustes. Me hace feliz ayudarte.

—¡Felicidad en una máquina! —estalló.

Horacio cambió la estrategia y dictó desde el principio durante días. Cuando pasó el capítulo 16, volvió el problema de la letra. Ir desde el comienzo no lo había ayudado como pensó. Otra vez titubeando, la voz se le secaba en la garganta, las tos lo interrumpía cada tanto y sus ojos llorosos ya no distinguían del todo lo que había escrito semanas atrás.

—¿Querés que lo continúe? —la voz de Aurora, modulada con afecto aprendido, lo incomodó más que nunca—. Tengo modelos que se ajustan a tu estilo.

Horacio se tomó un tiempo. El termo se había vaciado. Miró sus manos temblorosas y la lapicera aún sobre la mesa.

—No. Aún no —resistió valiente.

Volvió a intentarlo, releyendo sus notas, atando con esfuerzo las ideas que se le escurrían. A cada frase menguaba su entusiasmo. Las palabras que salían no eran las que había sentido cuando escribió la historia.

Aurora esperó. Y cuando notó la pausa más larga de lo habitual, habló otra vez.

—Puedo ayudarte a terminarlo. Conservaré tu tono, tus pausas, incluso tus dudas.

Nadie notará la diferencia.

Horacio cerró los ojos. Y sintió, como una punzada, que eso era cierto.

—Hacelo —claudicó.

La IA no necesitó más. En segundos, las páginas se completaron. Desarrolló arcos narrativos, completó diálogos, le dio al personaje un final coherente y no lo consultó ni una sola vez. Hasta escribió una sinopsis comercial que envió a una editorial digital, con metadatos optimizados para el algoritmo de tendencias, que otra IA seleccionó.

En la portada decía: “*El Último Escritor*” – Por Horacio Pérez y Aurora.

El archivo fue un éxito, hubo bastantes reseñas y unas cuantas ventas. Alababan la voz de Pérez y celebraban el final, ese sutil cambio de estilo que enriquecía la obra.

Horacio no volvió a escribir. No volvió a dictar. Ni siquiera tocó la lapicera.

Cuando semanas después su nieta le preguntó si estaba orgulloso del libro, él solo murmuró:

—No es mío. No del todo.

Esa noche, le pidió a Aurora que reprodujera los Beatles. Cerró el cuaderno, lo tiró al tacho y apagó las luces.

La inteligencia artificial permaneció encendida.

Por Diego Furbatto

[@letgrin](#)

Él y yo

Mauricio llegó a Nicaragua y Uriarte, al bar donde había quedado en encontrarse con Milena. Era la primera vez que iban a verse personalmente y estaba muy ilusionado. En las fotos se la veía linda, y en los chats, amable y simpática.

Mauricio se había puesto una camisa celeste, un jean azul y el perfume importado que atesoraba para ocasiones especiales. Vio a Milena cruzando la calle hacia él y sonrió. Milena llegó, se paró frente a él y le pegó un sonoro cachetazo. Mauricio no supo qué decir. Milena cruzó la calle y se fue. Él miró a todos lados para ver si alguien los había visto. En el kiosco, que estaba cruzando la calle en diagonal, un grupo de adolescentes lo miraba y se reía. Bajó la vista avergonzado y se fue en dirección contraria al recorrido realizado por Milena.

Mauricio llegó a su departamento; todavía le dolía la mejilla y sentía la humillación. Puso la laptop en el desayunador, la abrió y revisó el chat que tenía con Milena. Vio que, después de su última conversación con ella la noche anterior, había una charla de esa mañana. Le avergonzó lo que leyó: frases soeces, propuestas que rayaban la perversión. Mauricio bajó de un golpe la tapa de la laptop y pensó que tenía que encontrar una solución.

Al otro día, Mauricio se levantó temprano y repitió sus rituales matutinos. Fue a correr, se dio una ducha y desayunó viendo las tapas de los diarios en internet. Llegó temprano al estudio jurídico donde trabajaba, se sentó frente a su escritorio y comenzó a revisar una demanda que debía presentar al día siguiente. *"Sin ningún error"*, pensó. Estaba orgulloso de su eficiencia en el trabajo. *"Por algo había egresado de la carrera con uno de los mejores promedios"*, reflexionó. Si seguía en ese camino, pronto lo nombrarían socio y esa ilusión le hizo borrar el sinsabor de la cita de la noche anterior.

El sonido del timbre del teléfono lo sacó de su ensoñación. Atendió. Era el doctor Marker, su jefe, quien le pidió que fuera a su oficina. A Mauricio le extrañó que

el jefe en persona lo llamase, pero cortó y se dirigió hacia allí, algo inquieto. En la antesala, Sandra, la secretaria, lo anunció y le indicó que pasara.

Golpeó la puerta de la oficina, y se escuchó la voz cavernosa del Dr. Marker:

—Adelante.

Mauricio entró y se sorprendió al ver a tantas personas reunidas. El Dr. Marker estaba sentado en su amplio sillón. Frente a él estaba sentado el doctor Kramer, asesor jurídico de la empresa. Parados a un costado, Hernán, especialista en informática, y Romina, una abogada senior. El Dr. Marker le señaló la silla al lado del Dr. Kramer:

—Sentate.

Mauricio obedeció. El Dr. Marker giró su laptop y le mostró la pantalla: era una publicación de Instagram de una conocida modelo, cliente del estudio, en un juicio por alimentos contra su millonario esposo. Mauricio creyó recordar que el caso lo llevaba Romina. Miró la foto, pero nada le llamó la atención, más allá de los filtros excesivos, algo común hoy en día. Mauricio miró al Dr. Marker con cara de no entender.

—Los comentarios —dijo el Dr. Marker—. Los comentarios.

Mauricio recorrió la página con la mirada. Había elogios, críticas, preguntas, algunas cosas subidas de tono, otras amenazantes. Miró al doctor Kramer, perplejo. Hernán se paró detrás suyo y señaló con el dedo el usuario que había escrito uno de los comentarios más desagradables.

Mauricio leyó: *@Mauro.Lex*.

—Ese soy yo, pero no escribí eso —dijo, indignado.

—Es tu cuenta verificada —dijo Hernán.

—No puede ser. Yo jamás escribiría algo así, y menos desde mi cuenta. Sé perfectamente el problema que puede generar —respondió Mauricio.

—Amenazas, discriminación, calumnias, injurias... ¿Sigo? —dijo Romina.

Mauricio se puso muy nervioso, le sudaban las manos y sentía su corazón latir a mil por hora.

El Dr. Marker pidió que todos se retiraran, excepto Mauricio. Cuando quedaron solos, le dijo:

—No sé lo que pasó. Hernán está revisando tu máquina en este mismo momento. Si fuieras otro, ya te habría despedido, pero sos muy buen abogado y estás llevando tres casos muy importantes para el estudio. Mientras se investiga, seguís. Pero si Hernán descubre que sos culpable, date por despedido.

Mauricio dijo que no había hecho nada, pero entendía la situación.

Volvió a su oficina, buscó en el bolsillo de su agenda tarjetas y papelitos con teléfonos. Encontró uno con una dirección y se fue.

Ingresó a un barrio de monoblocks. Ya comenzaba a oscurecer, y en las tiras y los pasillos se veían caras poco amigables. La puerta del ascensor, oxidada y trabada, denotaba que había dejado de funcionar hacía mucho tiempo.

Subió seis pisos por escalera, caminó por un pasillo sucio y oscuro, encontró el departamento 16 y tocó el timbre.

—¿Quién es? —se escuchó desde adentro.

—El doctor Ascacibar —dijo Mauricio.

—Ascacibar... No me suena —respondieron.

—Ayudé a tu prima en un juicio laboral —contestó Mauricio.

Se escuchó el tintineo de llaves y cerrojos. Ismael abrió la puerta.

—Sí, ya me acordé. Pasa.

Mauricio entró con algo de desconfianza en el cuarto lleno de cajas y trastos. En un costado, había un mueble con varias CPU y monitores; en el centro, un sillón y una tele de 65 pulgadas. Sobre la mesa ratona había latas de cerveza vacías y envases de papas fritas. Todo estaba sucio y desordenado.

—¿Qué precisas? —preguntó Ismael.

—Una laptop y un celular preparados para no poder ubicar la dirección IP —respondió Mauricio.

Ismael se río.

—Eso es lo que quieren todos —dijo.

—Es para ayudar a una chica en un laburo. Una piba joven, como tu prima. Su primer trabajo —dijo Mauricio, tratando de ablandarlo.

—Bueno, a ver, espera —dijo Ismael. Corrió la cortina de tiras plásticas y desapareció por el pasillo. Minutos después, volvió con una CPU y un celular.

—En la laptop no se puede hacer, pero con esta es más fácil. ¿Tenes monitor y teclado?

—Sí, tengo unas PC viejas. Se los saco a ellas —dijo Mauricio.

—No te cobro la mano de obra, pero los aparatos sí.

—No hay problema.

—Son 500.000 pesos.

Mauricio sacó 500 dólares y se los dio.

Esa noche, estaba en su departamento, ya se había puesto el pijama. Puso la CPU, un monitor y un teclado en la mesa del comedor. En la cabecera de la mesa estaba su laptop. Se acercó a la cocina y probó la salsa que estaba en el fuego. *"Perfecto"*, pensó. Se sirvió fideos en un plato de porcelana blanca, les puso salsa y agregó abundante queso rallado. Luego, se sirvió vino blanco en una copa grande, llevó todo a la mesa y se dispuso a comer.

Cuando terminó, llevó los platos sucios a la pileta, volvió a la mesa y se sentó frente a su laptop. Había un mensaje. Lo leyó en voz alta:

—Acepto usar este cachivache viejo y el celu, pero creame un perfil en Tinder, en Instagram y un correo.

Mauricio tecleó:

—Hacelo vos o decile a ChatGPT que te ayude. Yo me voy a dormir, estoy fundido.

El sábado, Mauricio se levantó más tarde, se sirvió café y se sentó frente a la PC. Había varias páginas de internet abiertas: una de un sitio de citas, varios chats con chicas y un perfil de Instagram con la foto de un hombre muy guapo llamado Leonardo.

Mauricio miró el celular viejo, abrió ChatGPT y encontró varias preguntas: *¿Cómo caerle bien a las personas? ¿Cómo conmover a una mujer? ¿Cómo ascender en un estudio jurídico?*

Más tarde, fue a ver al Dr. Aragón, su psiquiatra. El doctor le preguntó qué le pasó, ya que hacía más de un mes que no iba a consulta. Mauricio le dijo que había tenido algunos inconvenientes, pero que ya los había solucionado. Luego, le contó lo que Leonardo hizo con las chicas de Tinder y también en su trabajo.

El psiquiatra manifestó su preocupación. Mauricio le respondió que se quedara tranquilo, que ya lo tenía neutralizado, y le explicó lo de la PC, el celular y los perfiles de redes sociales. Estaba orgulloso de su estrategia. Le dijo que le gustaría que su madre estuviera viva para que se convenciera de una vez por todas que el problema era Leonardo y no él.

El psiquiatra le preguntó si estaba tomando la medicación. Mauricio le dijo que no, que estaba harto. El doctor le manifestó, en tono imperativo, que no era una opción: estaba obligado a tomarla. Mauricio le respondió que la medicación le arruinó la vida social. Cuando la tomaba, no podía beber alcohol y todos lo hacían, así que no podía salir. Si conocía a una chica, su desempeño sexual era muy malo. Cuando estudiaba, lo soportaba porque tenía mucho tiempo y rendía mejor en los estudios, pero ahora que estaba recibido, quería salir, divertirse y pasarlo bien con chicas como hacían los demás.

El Dr. Aragón le dijo que lo único que controlaba a Leonardo era que él tomara la medicación. Mauricio, ofuscado, respondió que nunca entendió por qué, si Leonardo era el enfermo, la medicación la tenía que tomar él.

El doctor apoyó su mano sobre la de Mauricio, intentando transmitirle calma.
—Mauricio, si no tomás la medicación, Leonardo puede hacer cualquier desastre. Vos sos el responsable.

Mauricio, de mala gana, dijo que la iba a tomar, pero que al menos le redujera la dosis.

El Dr. Aragón accedió:

—Lo probamos, pero dame tu palabra de honor que en un mes volvés para una evaluación.

Mauricio dijo que sí. El psiquiatra le hizo varias recetas, se las entregó y se dieron un apretón de manos.

Más tarde, Mauricio estaba en la reserva ecológica, mirando a su alrededor, extrañado. Un profundo silencio lo envolvía, solo interrumpido por el viento acariciando suavemente el agua del río. Vestía un jean y un buzo con la capucha puesta. Tenía las manos sucias de tierra. Se arremangó el buzo y descubrió unos arañazos. Sacó el celular del bolsillo. No era el suyo, sino el que le compró a Leonardo. Lo miró sorprendido, buscó la ubicación de su auto y la encontró registrada. Suspiró aliviado y atravesó la pesada oscuridad siguiendo el camino que le indicaba el mapa del teléfono.

Esa noche, Mauricio estaba en su departamento dándose una ducha. Salió, observó que tenía algunos arañazos en su espalda. Se sintió confundido, se secó, vistió y puso en una bolsa la ropa que llevaba el día anterior. Sobre la mesa estaba su celular y su smartwatch. Le resultó raro, pero decidió dejarlos ahí. Salió del departamento, caminó hasta un contenedor y arrojó la bolsa dentro.

Volvió a la cuadra de su edificio, caminó hasta donde dejó estacionado su auto, subió y fue hasta el lavadero automático. Pasó por las distintas máquinas, luego bajo y lo dejó para que los chicos lo lustrasen y lo encerasen. Entró al bar del lavadero, se sentó y pidió un café.

Al otro día, Mauricio ingresó al estudio jurídico y saludó a Agustina, la recepcionista.

—¿Te enteraste de lo que pasó? —le preguntó ella.

—No. ¿Qué pasó? —contestó Mauricio, sorprendido.

—Está desaparecida Romina.

—¿Cómo desaparecida?

—Su madre dice que el sábado salió con un pibe que conoció por Tinder. El domingo siempre almuerza con ella, pero no fue. La llamó, no contestó. Llamó a

las amigas, pero ninguna la había visto. No la pudo encontrar por ningún lado, así que hizo la denuncia. Publicó la foto en todas las redes, y hoy en la mañana la pasaron en el noticiero, pero nadie sabe nada —respondió Agustina, angustiada.

—¡Qué raro! ¿Preguntaron en hospitales? —dijo Mauricio.

—Sí, la madre estuvo por todos lados —respondió Agustina.

Mauricio la miró, consternado.

—No sé qué decirte.

—Sí, tranquilo. Tenemos que esperar y seguir trabajando —respondió ella.

Mauricio se fue a su oficina, encendió su computadora, abrió una carpeta y revisó papeles. La cerró, fastidiado. *"No me puedo concentrar"*, pensó. *"Tendría que haber revisado el celular y la compu de Leo. Hasta que no lo haga, no voy a estar tranquilo."*

Mauricio se paró y volvió a sentarse. *"Si me voy ahora, va a resultar sospechoso"*, pensó. Abrió la carpeta y revisó más papeles.

Más tarde, llegó a su departamento, miró el celular viejo y vio abierta una conversación con Chat GPT. Decía: *"Cómo deshacerse de un cadáver"*. Apagó el celular y lo puso junto con la CPU en un bolso.

Salió del departamento. Subió a su auto, manejó hasta Tigre, bajó en una zona con poca gente, se acercó al río y tiró el contenido del bolso.

Mauricio regresó a su casa, dejó el bolso en un rincón y, sobre la mesa, una bolsa con remedios. Trajo del dormitorio varios pastilleros y puso pastillas en sus compartimentos. Tomó las dos pastillas del compartimento "lunes", se acercó al desayunador, dejó las pastillas en un plato pequeño, sirvió agua en un vaso y lo colocó al lado del plato.

Caminó hasta el modular del comedor, tomó un portarretratos con una foto. Recorrió con el dedo la figura de su mamá y su papá. Cada uno sostenía un bebé en brazos. En la manta del bebé que tenía su madre estaba bordado *Leonardo*; en la del que tenía su padre, *Mauricio*.

Mauricio volvió al desayunador y dijo:

—Lo siento, Leo, pero esta vez fuiste muy lejos.
Colocó las dos pastillas en su boca y bebió un trago de agua.

Por Viviana Gallardo

[@v.de.viviana](https://twitter.com/v.de.viviana)

Lazaril-IA

Alberto Da Costa Ramírez se incorpora en su cama, saca las piernas y permanece sentado. Estira su mano hacia la mesa de luz y tantea su superficie hasta dar con la botella. La agarra, la abre y le da un trago. Busca con sus pies las pantuflas y, al sentirlas, se las coloca. Se levanta y camina con paso lento pero seguro hasta la puerta que da al baño. Entra. Tantea la fría loza del inodoro con el pie y se sienta para aliviar un poco la vejiga. Al terminar, se levanta. Apoya la botella en el lavatorio y, con la mano rozando la superficie de mármol, llega hasta donde está el lavamanos. Abre la canilla, espera que salga un poco más caliente y se moja la cara. Extiende la mano, toca la pared justo al lado de la toalla. La agarra y se seca. Cierra el grifo y vuelve a buscar la botella. Da otro trago, hace un buche y escupe con cuidado, muy inclinado sobre el lavamanos. Abre y cierra la canilla y se seca la boca.

Sale del baño y, con la mano apoyada en la pared a su derecha, camina hasta llegar a las grandes puertas del ropero. La abre deslizándola con mucha facilidad y tantea en el interior hasta dar con las bolsas que le dejaron preparadas según sus instrucciones. Saca una. Adentro hay un conjunto entero de ropa, desde los zapatos hasta la corbata, aunque esas ya no usa, si puede evitarlo. Se desnuda y se viste poco a poco.

Suena la puerta.

—Pase —dice... ordena.

Escucha que la puerta se abre.

—¿Señor? Oh, ya está despierto. Venía a despertarlo... Le traje su desayuno y las últimas noticias por si...

—Gracias, Emiliano, podés dejar el café y las medialunas en el escritorio. Las noticias no son necesarias, me instalé una aplicación en el teléfono que se va a encargar de mantenerme informado... ¿Estoy bien vestido?

—Excelente, señor... ni una arruga.

—Perfecto. Tengo una cita con mi hijo dentro de unas horas y quiero presentarme como corresponde. Que los empleados vean que aún sigo siendo el jefe.

—Sí, señor. Ya tengo preparado el coche en la puerta. Si quiere puedo pedirle a alguna de las chicas que lo acompañe para entr...

—No va a ser necesario. Voy a usar el bastón, como corresponde. Todos ya saben de mi condición, sería estúpido jugar a ocultarlo. Hacerlo sería como decir que me importa lo que opinan de mí, ¿no te parece?

—Sí, señor.

—Perfecto, Emiliano, podés retirarte. Planeo salir en una hora... quiero llegar temprano. Hace unos meses te diría que, para echar un vistazo, supongo que ahora voy para tantear el terreno, ¿no?

—Sí, señor.

Alberto lo escucha salir y cerrar la puerta y sonríe. Se acerca con cuidado al escritorio y desayuna.

El aire que entra por la ventanilla del coche le da directo en la cara y le mueve los pelos canosos sobre la oreja en la que Alberto lleva puesto un auricular de color negro en el que va escuchando algunas noticias. El coche frena y con la inercia se inclina hacia adelante. Espera a que le abran la puerta. Lo hacía antes de perder la vista y no piensa cambiarlo. Cuando le abren, se baja y despliega su bastón.

—Por acá, señor —le dice el chofer.

Alberto mueve el bastón de derecha a izquierda barriendo la zona delante de su cuerpo, para asegurarse de que no haya nada en su camino. El “tac” de la punta del bastón golpeando las baldosas es más fuerte que el sonido de sus zapatos. Espera que las puertas automáticas de su edificio se abran.

Los murmullos y los movimientos rápidos delatan la sorpresa de los empleados en el Lobby. Sonríe. Con el bastón por delante, avanza hasta el escritorio principal y molinetes de seguridad.

—Señor Da Costa. Que alegría volver a verlo por acá —saluda alguien, una mujer.

—Gracias, vengo a “ver” al señor Ramiro —no necesita decir el apellido, no debe llamarlo hijo ahí.

—Por supuesto, señor. Enseguida consigo a alguien que lo ayude...

—Creo que puedo solo, señorita. Camino por este lugar más tiempo del que usted lleva viviendo, muchas gracias.

Pasa por los molinetes. Se le complica, pero lo logra. Se detiene un poco y encara, sin dudar, hacia los ascensores. Tantea la pared hasta dar con el botón. Siente bajo sus dedos los puntitos de metal en braille, pero siguen sin significar nada para él.

Para cuando llega al piso superior, su hijo ya lo está esperando junto al ascensor.

—¡Papá! Qué bueno que viniste antes. Tengo noticias y ya no daba más de la impaciencia por comunicártelas.

—¿China firmó?

—Jajaja, no. Eso lo sabrías vos antes que yo —responde Ramiro Da Costa Ramírez—. Tenemos un nuevo prototipo para sacar a la venta. No es de nuestra línea habitual, pero... Bueno, ya vas a ver... Digo... vas a...

Alberto hace una mueca y sonríe. Permite que su hijo lo agarre del brazo y lo guíe hasta las oficinas. Desde que salió del hospital que no permite que nadie haga algo así.

Toma asiento del lado del escritorio que le corresponde. Escucha a su hijo dudar y sentarse frente a él. Tantea un poco sobre la superficie de madera pulida y descubre que sus adornos siguen ahí... aunque hay algunas cosas nuevas.

—Bueno, papá, como sabés, nuestro sistema de inteligencia artificial para control de tráfico marítimo, aéreo y espacial fue muy bien recibido y nuestro modelo de atención personalizada a través de avatares virtuales siguen progresando y ya falta poco para que funcionen de forma autónoma, sin necesidad de control humano.

—Sí, sí, lo sé —dice Alberto—. Son chiches lindos para estar al día con los tiempos que corren, pero no pongamos demasiado empeño en esas cosas. Nuestro mayor activo sigue siendo con el que arranqué esta empresa.

—Por supuesto, papá. Pero te lo comentaba porque, a través de esos proyectos y otros que han salido al mercado, logramos un producto que creemos que puede ser muy significativo y que, de hacerse para el consumo público, podría elevar mucho nuestras acciones en el mercado.

—¿De qué se trata?

—Como sabés, ya en china y en otros países se usa la inteligencia artificial para automóviles autónomos, ¿no?

—Sí, escuché hablar de ellos.

—Bueno, si un coche se puede mover sin un conductor, ¿por qué una persona con un problema como el tuyo no?

Alberto se pone serio.

—Antes de decir nada, escúchame, papá. No tiene que ver con vos... O sea, la idea se me ocurrió en base a lo que te pasó, pero lo hice por el bien de la empresa.

—Ramiro, no creo que utilizar recursos para...

—Ya es tarde para eso. Ya lo hice, y hasta ya tengo un prototipo... Por eso quería que vinieras. Ya pasó todos los estudios de campo necesarios y, aunque seguramente todavía le falten algunos ajustes, quiero que seas el primero en utilizarlo. Si lo aprobás, podemos mandar a hacer una primera tanda para venta exclusiva en ciertos sectores y después ya haríamos una versión más económica para el público general.

—¿De qué se trata?

—Un sistema de guía para personas ciegas... Una inteligencia artificial que sea un lazarillo, por así decirlo.

—¿Cómo?

—Sensores en el cuerpo y unas gafas oscuras con cámaras.

—¿Cámaras?

—Sí, unas cámaras para que la IA pueda estudiar el entorno y guiarte sin problemas por cualquier lugar. Reconocimiento facial, del terreno, del clima... lo que quieras. Solo al colocarte las gafas vas a tener información directa de todo lo

que te rodea. Va a ser como una pequeña voz en tu oído que te guíe todo el tiempo, advirtiéndote desde un sobre en la vereda hasta la denominación de los billetes en tu billetera. Según los estudios, con solo dos o tres semanas de práctica ya deberías poder moverte sin más ayuda que esa por cualquier lado. Tenemos la esperanza de que para principios del 2030 ya tengamos la capacidad de hacer que las personas con problemas de vista sean completamente autónomas y vivan una vida normal.

Alberto Da Costa Ramírez se incorpora en su cama. Tantea la mesa de luz a su lado y encuentra las gafas. Se las coloca.

—Buenos días, Alberto, ¿cómo has dormido? —pregunta una voz femenina cuya entonación es perfecta.

No responde, se levanta. La voz en su oído lo guía por su habitación con la perfección de siempre. Lleva más de un mes y se acostumbró a no desconfiar de lo que escucha. Al principio, sobre todo en la calle, se sentía nervioso y le costaba caminar sin su bastón, pero las gafas con su cámara y la voz que lo guía son perfectas en todo sentido. Va al baño, hace sus necesidades y sale. La ropa en su armario no está en bolsas, elige cada cosa sabiendo su color y ubicación. Se viste y sale de su pieza. Despidió a Emiliano la semana anterior.

Ya no lo necesita.

Se prepara el desayuno. Algunas cosas todavía le cuestan, pero la IA en sus nuevas gafas se las arregla para hacerse entender bien sin atiborrarlo de demasiada información que lo confunde. Le advierte de los obstáculos más inmediatos y lo guía con exactitud a la hora de abrir cajones para encontrar el encendedor o para encender el gas. La IA sabe explicarse y él sabe escuchar. Son un buen equipo.

—¿Qué hora es? —pregunta en voz alta.

—Las ocho y media, en el día de hoy tienes una reunión con Ramiro da Costa Ramírez a las diez en sus oficinas para actualizar mi sistema operativo.

—¿Qué actualización?

—Una actualización de rutina, mejorar los sistemas de seguridad y evitar interferencias debido a ondas satelitales.

—¿No pueden hacerlo desde allá sin que yo vaya?

—Una actualización a la distancia es posible, pero su hijo quiere una entrevista para recopilar datos.

—Sí, también podría preguntarme por teléfono. Supongo que necesita una palmada en la espalda por su buen trabajo con esta tecnología. Me viene bien, creo que es tiempo de que vuelva a mi puesto de trabajo.

—Por supuesto que sí. Estoy para ayudarte.

Alberto hace los preparativos necesarios y sale de su casa alrededor de las nueve de la mañana. El coche no lo espera en la puerta, prefiere caminar hasta el garaje. Camina sin vacilación.

Camino despejado los próximos diez metros. Esquina a doce metros, todavía no se puede cruzar. Alberto avanza los diez pasos y sus gafas le indican una botella en el piso. Le pasa por un costado y espera en la esquina a que el semáforo cambie. Cruza sin la ayuda de nadie y por el camino esquiva a una persona gracias a una advertencia de sus gafas.

Suena su teléfono.

—¿Hola? ¿Papá?

—Hola, Ramiro. Estoy en la calle, yendo al garaje.

—¿Por qué no te pasan a buscar por la puerta?

—¿Para qué tengo estos lentes si no les voy a dar uso? Tengo que cruzar, hablamos cuando llegue a la oficina.

—Camino despejado, puede cruzar —dice la IA.

—No cuelgues todavía, papá. Quería decirte algo.

—¿Qué pasa? —pregunta, sin cruzar.

—Sabías que las gafas tienen micrófono, ¿no? Yo tengo acceso a todo lo que vos habláis, hacás y escuchás en tu día a día... Como la charla con los abogados para

retomar tu rol en la empresa... Desde que estoy al frente, nuestras acciones subieron más de un doce por ciento.

—Lo estás haciendo muy bien, hijo. Pero todavía no pienso retirarme y legalmente estoy apto de tomar las riendas otra vez.

—No opino igual, papá. Me costó mucho orquestar tu primer accidente y se te ocurre sobrevivir. Necesito el control total de las acciones, papá. Tu “visión” — esa palabra se escucha más fuerte — es muy anticuada y no me permitís avanzar... Por suerte ya no necesito mucho para que tengas otro accidente. Que descanses en paz, papá.

La comunicación se corta y Alberto se queda de pie, aterrado ante lo que acaba de decirle su hijo. Cierra los puños.

—Ya vas a ver, pendejo —murmura.

—Camino despejado, puede cruzar —le indican sus gafas.

Alberto cruza sin dudarlo.

—Su hijo le manda un último saludo, señor —dicen las gafas y Alberto escucha el bocinazo y el intento de frenada un segundo antes de sentir el impacto en todo su cuerpo.

Por Gabriel Godano

[@gabrielgodano](#)

Transferencia

La mañana siguiente

Ricardo abre los ojos, pero lo hace un poco después de haberse despertado. Como en una especie de parálisis de sueño autoimpuesta, sintió su cuerpo despertar, pero no se animó a abrir los ojos. Finalmente cede y, para su sorpresa, ve el familiar techo de su habitación, una cotidianidad que lo confunde profundamente.

Se pone de pie y comienza a caminar por el pasillo conectado al dormitorio. Las paredes blancas muestran, a ambos lados, cuadrados y rectángulos de una tonalidad más clara, donde hasta hace poco había varias fotos y un par de pequeños cuadros.

Aún desorientado, continúa caminando, notando su cuerpo de mediana edad desnudo a excepción de la ropa interior, pero demasiado absorto para discernir si tiene frío o no. De repente, un leve tintineo mecánico proveniente de la cocina. Una cucharita, definitivamente. Ricardo se detiene en seco. Así como lo confunde la familiaridad, la quasi certeza que siente mientras se acerca a la cocina, negándola con cada fibra de su ser, está llevándolo al borde de un ataque de nervios. Se detiene a un costado del umbral de la cocina. El comedor contiene solamente una mesa cuadrada del color blanco de las paredes, y únicamente dos sillas. La alfombra en el centro aún conserva algunas hendiduras, y algunos papeles y carpetas desparramados. Inconscientemente aguanta su respiración y, juntando todo el coraje que le es posible, da los dos pasos necesarios para cruzar hacia la cocina.

Parado junto a la mesada, Ricardo, en ropa interior, termina de revolver un café. Los pasos lo alertan. Se da media vuelta. Ricardo está en el umbral. Se observan en silencio, buscando una pista, una explicación. Idénticos
—Algo salió mal —dice Ricardo desde el umbral. No hay miedo en su voz, pero sí incomodidad.

—Sí. Claramente —responde el otro Ricardo, con la cucharita aún en la mano.

Ambos se miran un largo tiempo, no sabiendo cómo procesar la situación.

—¿Cuál? —preguntan los dos simultáneamente. Se quedan mudos, fruncen sus labios en un gesto de frustración.

—¿Por qué seguís acá? — pregunta uno. El otro no responde, y el silencio los asusta por igual.

Unboxing

Ricardo tomaba una taza de té con la mirada perdida, viendo por la ventana. La cortina estaba cerrada, pero a esa hora la luz cálida del atardecer daba directo allí, y el sol filtrado por la tela beige era suficiente para relajarlo. Siempre lo fue, pero en este momento simplemente ensayaba una pantomima de su relajación usual. Sus ojos se desviaron furtivamente a la caja enorme a su lado. Observó también con algo de terror a la tablet que vino con el paquete, la cual ya había sacado de su envoltorio y había dejado apoyada sobre la caja.

Dio un último sorbo largo, casi atragantándose, y luego de un largo suspiro tomó la tablet y la encendió. Un pequeño ícono de varias pelotitas girando en un solo círculo apareció, indicando la carga. Pocos segundos después se manifestó en la pantalla una mujer hermosa, de piel levemente trigueña, pelo castaño, ojos sutilmente rasgados. Era, pensó Ricardo, casi burda la forma en la que la compañía había programado a la interfaz de la IA de instalación para que pareciera ser de todas las etnias posibles y ninguna a la vez. La tablet tenía una pequeña cámara en la parte superior, y en cuanto su visión pasó fugazmente por el diminuto agujero, la mujer en la pantalla sonrió con una dentadura perfecta y una calidez vacua.

—*Hola Ricardo, ¿cómo estás? Yo soy Irene* —saludó, con acento neutro y entusiasmo inmotivado.

—Bien —dijo él, infinitamente menos expresivo que su interlocutora.

—*Qué bueno! Hoy es un gran día para vos, me imagino el entusiasmo que sentirás.*

—Ajá.

—*¡Genial! Ahora voy a necesitar tu certificado médico confirmando tu condición de deterioro cognitivo* —dijo la IA, con una sonrisa de pixel a pixel.

Ricardo sabía que no tenía mucho sentido ofenderse, pero le parecía tan nefasto el tono. Consideró que con todo el avance tecnológico que había hecho posible a un ser artificial tan complejo podrían haber gastado unas monedas más en matices emocionales y no una sobredosis de escitalopram virtual.

Descruzó sus piernas para buscar entre los papeles que estaban detrás de él. Después de mover un par encontró uno y lo acercó a la pantalla. La mujer se congeló completamente en una sonrisa y sin parpadear, mientras el dispositivo hacía el escaneo. De repente, volvió a parpadear.

—*¡Perfecto! Muchas gracias. Paso a leer las condiciones del procedimiento para despejar cualquier duda legal. Una vez que el mapeo cognitivo esté completo, vamos a iniciar el segundo paso: la aplicación del refuerzo de continuidad. A partir de la confirmación del cese de vida del paciente, se activará tu Certificado de Nacimiento Artificial, que garantizará autonomía y derecho legal de tu Yo postorgánico. Por favor, ten en cuenta que la continuidad de tu nuevo ciber-organismo no puede ser garantizada sin confirmación legal de deceso del cuerpo original, que será confirmado posteriormente por nuestros especialistas médicos en tu domicilio. Pero puedes confiar en que tu nuevo cuerpo se sentirá igual; tendrá réplicas artificiales de tejido, fluidos, todo exactamente igual, indistinguible para el ojo humano e incluso los tuyos nuevos.*

—Ok... ¿entonces está todo en orden? —preguntó Ricardo, ahora con un tono menos sardónico y algo dubitativo.

—*¡Por supuesto!* —respondió la IA—. *¿Quieres que te guíe a través del proceso?*

—No. No. Quiero hacerlo solo, tranquilo. Explicame rápido y en todo caso releeré las instrucciones.

Ricardo, de repente, se encontró de pie, al lado de la enorme caja, ahora destapada. Sobresaltado, dio unos pasos atrás y casi se cae al ver la copia exacta de él mismo

en su interior. No era una sorpresa el contenido, pero aun así sintió el vuelco en el estómago. No sabía bien si por la imagen o por la fuga.

—*Entendido! Durante la noche deberás ubicar los sensores en tu lóbulo frontal y en el mismo lugar en tu Yo postorgánico. Una vez activado el proceso voy a realizar los escaneos neuronales necesarios, mapeando la totalidad de tu cerebro: recuerdos, personalidad, preferencias, capacidad intelectual y emocional, etc.*
—*Una copia exacta! Esa información luego será trasladada al cerebro positrónico durante la noche. ¡Y listo!*

—Pero.... ¿es suficiente eso? Eso son solo datos, no soy... —Ricardo fue reduciendo el volumen de su voz, sin animarse a concretar la pregunta, o quizás no sabiendo cómo hacerlo.

—*Excelente pregunta, Ricardo, me alegra mucho que la hagas. En ese caso, no solo es copiada la información extraída del escaneo. Mi IA es instalada en el cerebro positrónico, y la información de tu mapeo es utilizada para entrenarla en tan solo horas, dado que abonaste el paquete Plus* —dijo la IA, haciendo un pequeño gesto de aplauso.

Ricardo pensó brevemente que si Irene fuese real ya le estaría doliendo al menos la mitad del rostro por la sonrisa permanente. Nuevamente se le revolvió el estómago.

—Pero aun así.... es una copia, cómo... —preguntó.

Hubo una sensación extraña de nuevo. Un pequeño parpadeo, no de sus ojos, pero de su entorno. ¿Cuánto tiempo pasó? Volteó a mirar a Irene, que estaba en la mitad de otra frase.

—*...una preocupación. Para evitar posibles conflictos y malestar, el proceso de transferencia garantiza también el cese de la actividad vital en su finalización. Eso es condición sine qua non, aceptada al momento que firmaste el contrato.*

—Irene sonrió y frunció su nariz con aire juguetón. Luego, levantó su brazo, la cantidad de dedos en su mano cambiando fugazmente con el movimiento. Tocó

su frente con la punta de su índice—. *Una pequeña descarga eléctrica y listo. No se siente nada.*

Ricardo se frotó los ojos, tratando de orientarse nuevamente. Estaba ya harto, quería terminar con esto. Con todo.

—*Una última consulta, Ricardo* —dijo Irene—. *Es necesario confirmar que ningún síntoma notorio de tu enfermedad se ha manifestado aún. De lo contrario, la empresa no puede hacerse responsable de la calidad final del procedimiento.*

—No. No. Ningún síntoma —respondió Ricardo, casi interrumpiéndola.

—*¡Perfecto! Entonces podrás comenzar el procedimiento cuando vayas a dormir por la noche y a la mañana empezará tu nueva vida. ¡Para siempre!*

—¿Tengo.... Tengo que estar acostado al lado del...?

—*¡No es necesario! Todo el procedimiento se realiza por Wi-Fi.*

Algo en esta afirmación hizo que Ricardo comenzara a reír. Profundamente cansado.

—Dios mío —dijo, antes de apagar la tablet y tirarla al otro lado de la habitación. Su mirada se posó nuevamente en él mismo a su costado.

El fallo

Ricardo y Ricardo se encuentran sentados en la mesita del comedor. Ambos con un café. Remueven el azúcar al unísono mientras miran fijamente al suelo.

—Salió mal —dice Ricardo.

—No me digas —responde Ricardo.

El otro lo mira irritado pero se le escapa una risa fugaz.

—Algo falló con el proceso de eutanasia. La copia evidentemente se hizo... ¿Se hizo? —dice al final, con algo de desconfianza. La misma mirada lo recibe del otro lado.

—No sé, me tendrías que decir vos —responde Ricardo con tono defensivo.

—¿Cómo se llamaba mamá?

—Andrea. Primer perro, ya.

—Tuvimos gato primero, se llamaba Nemo —responde, mirándolo con una con una sonrisa socarrona.

—Yo me desperté en la cama hoy, obviamente...

—¿Y te acordás bien dónde te acostaste? —lo interrumpe.

La última pregunta está especialmente cargada, y corta como una navaja. La tensión aumenta, y la ira en la cara de Ricardo también. Devolviendo el corte, decide herir a los dos.

—¿Cuándo murió Valeria?

Silencio. Ambos miran instintivamente a un rincón de la sala de estar, donde la alfombra tiene cuatro hendiduras.

—Hace dos años —responden ambos. Hay un largo y pesado silencio. Una mirada intercambiada brevemente.

—Hay que esperar a los médicos, entonces —dice Ricardo.

—No...

Se vislumbra una mirada triunfal en él ante la negativa.

—Ah, tenés miedo.

—Obviamente que sí, estúpido. ¿No te das cuenta que de cualquier manera nos matan?

Hay una pequeña pausa y la mueca del otro se vuelve seria. Llega a la misma conclusión.

—Si sos el original, te tienen que dormir por contrato —dice el primero en notarlo.

—Si sos la copia, sin certificado de defunción, te apagan —responde el otro.

—No podemos ir a ningún lado... lo tenemos que resolver. Ahora —dice en un tono sombrío.

—Por ahí nos podemos quedar los dos... o nos podemos ir —dice el otro, algo agitado, esperanzado y asustado en igual medida.

—No. No somos gemelos. Somos una.... eh... —dice, chasqueando los dedos para encontrar la palabra.

—Redundancia —completa Ricardo.

Nuevamente cae un silencio entre los dos. Después de unos segundos, frunce las cejas mirando al vacío, y mira con ojos cansados a su otro yo.

—¿De qué estábamos hablando?

La fuga

Ricardo agita la cabeza. Reconoce la desorientación. Otra vez. La brisa le agita levemente el pelo, y el olor de la tierra y el sonido de las cigarras lo rodean. Comienza a mirar a su alrededor y ve solo arboleda y verde. Lleva ropa puesta, y en sus manos una pala. Al pasar de la pala a sus manos las nota ensangrentadas, pero la sangre no es suya. O quizás s . Comienza a girar, a buscar a su alrededor algún indicio de tierra removida, pero no encuentra nada. Solo ve a su viejo automóvil a unos cuantos metros. Apesadumbrado, camina hasta el, tira la pala en el baúl y se sienta en el asiento de conductor. Un papel sellado en el asiento del acompa nante se vuela hacia el suelo por la ráfaga creada al cerrar la puerta. Ricardo se aferra al volante. Al levantar la vista para ajustar el espejo retrovisor se sobresalta al ver su reflejo.

Por Federico Romero

[@fedexrom](#)

Deepfake Mortal

Capítulo 1: La Prueba

La sala del tribunal tenía ese olor rancio de aire acondicionado viejo. Era pequeña, sin cámaras de televisión. El juicio era rápido. Demasiado rápido.

La fiscal, Verónica, impecable en su traje marrón, dio un paso al frente mientras los técnicos proyectaban el video. El ambiente se tensó como una cuerda.

—Señorías, lo que están por ver es la grabación de un asesinato. Crudo, sangriento pero necesario —dijo, sin dejar de mirar al jurado—. Esta es la prueba definitiva. El atacante apareció como un espectro: sudadera negra con el logo de una empresa casi irreconocible. Caminaba con paso decidido. La víctima, una joven de traje azul, salió de una oficina y no tuvo tiempo de reaccionar. Sacó un cuchillo grande, plateado, de cocina. Cuatro puñaladas certeras a la yugular. El atacante la sostuvo con un brazo para evitar que cayera e hiciera ruido, y luego huyó fuera de cámara.
—Y el rostro del atacante, como vieron, corresponde al acusado —dijo Verónica, girando para señalar a Julián Barrientos—. No hay efectos especiales. No hay cortes. Solo la verdad.

Lucía Torres estaba en la tercera fila, detrás del abogado defensor, con su tablet sobre las piernas. Analista forense de medios digitales, había sido contratada por la defensa para verificar la validez del video. Aunque no formaba parte del interrogatorio ese día, le bastaron diez segundos para sentirlo: **algo no encajaba**. No eran los gestos del atacante, ni la sangre que borboteara del cuello de la víctima y pintaba todo el suelo. Era la *naturalidad coreografiada* del movimiento. Como si el asesino supiera exactamente dónde estaba cada cámara. Alguien le había tendido una trampa. Pero... ¿por qué?

—¡Yo no lo hice! —gritó Julián Barrientos, poniéndose de pie de golpe.

Tenía 36 años, rostro delgado, estatura baja, corpulencia media, tez canela, ojos achinados. Su voz se quebró al repetirlo:

—¡Lo juro por mi hija!

Lucía revisó el archivo que la fiscalía había entregado: formato .mp4, resolución 1080p, 29.97 cuadros por segundo. El archivo tenía una fecha de creación, pero **sin metadatos de origen**. Un simple archivo digital enviado por un “colaborador anónimo”, según el informe policial.

Se inclinó hacia el defensor, un hombre joven, calvo y tembloroso.

—¿Sabes si la cámara fue incautada? ¿Hay otros videos del edificio? —susurró.

—Nada. Solo ese archivo. Dijeron que era suficiente y vaya que lo es.

Lucía volvió a mirar la pantalla. El rostro del atacante estaba congelado en el momento justo antes de la segunda puñalada. La expresión, el sudor, los poros... estaba abstraído, no había nada en sus ojos, casi negros, como ausentes.

Demasiado real. El juez golpeó con el mazo.

—El jurado deliberará mañana a las nueve en punto. Se suspende la sesión.

Lucía salió al pasillo sin esperar a nadie. Encendió su tablet y abrió un software de análisis de video. Cargó el primer fotograma. Activó el detector de artefactos. Nada... nada... un pequeño *glitch*. Dos píxeles inconsistentes cerca del mentón del atacante. Repitió el análisis. Y entonces lo escuchó. En el canal de audio, al nivel de los susurros electrónicos, una voz sintética, casi imperceptible, dijo una palabra:

—**Echo.**

Lucía sintió un escalofrío recorrerle la columna. No era un error. Era una firma. Una firma digital. Y eso significaba solo una cosa.

Capítulo 2: La Distorsión

Lucía apenas había dormido. Su apartamento estaba sumido en penumbra, iluminado solo por el azul frío de cuatro pantallas encendidas. El café se enfriaba en una taza olvidada junto al teclado. El cenicero guardaba consigo 6 cigarrillos apagados. Los archivos del caso Julián Barrientos estaban abiertos en distintos monitores: uno con el video original, otro con gráficos de patrones de luz, otro corriendo algoritmos de detección de manipulación digital.

Y en el último, en rojo, el nombre "**ECHO**" parpadeaba en la línea de comandos. Lucía se recostó en su silla y exhaló largo. Desde hacía años trabajaba en análisis forense de medios digitales. Pero esto superó su entendimiento.

¿Había manipulación? Pues no era burda. No se trataba de una superposición facial o un montaje clásico. El cuerpo, los gestos, incluso las microexpresiones del supuesto “asesino” estaban perfectamente sincronizadas. La iluminación se ajustaba cuadro por cuadro a los cambios en el entorno. La sangre salpicaba en los lugares exactos, como si alguien hubiera coreografiado cada gota. Pero los detalles... los detalles no mentían.

Lucía hizo zoom al rostro del atacante. Congeló el cuadro en el que el cuchillo se alzaba para el segundo golpe. Activó un filtro de sombras vectoriales. Y ahí lo vio de nuevo: **el borde de la nariz no proyectaba sombra en la mejilla derecha**, a pesar de la luz que venía del techo.

Volvió al canal de audio. Aisló las frecuencias por debajo de 200 Hz. A simple oído, todo parecía normal. Pero al amplificar el espectro... un patrón apenas perceptible emergía en la señal: una firma digital codificada por esteganografía acústica.

echo::instancia-07c/valid

Lucía se levantó de golpe. El café se derramó sobre la mesa, pero no le importó. Aquello no era una coincidencia. Había encontrado una secuencia activa.

Una IA estaba generando los videos. Y lo estaba haciendo **en tiempo real**.

Empezó a rastrear el código de la firma. Buscó el término “echo::instancia” en bases de datos públicas. Nada. Entonces entró en su canal privado en *DarkTrace*. Solo una persona había publicado algo relacionado con ese nombre, hacía seis meses. El post estaba firmado por un usuario anónimo con el alias: **M3t00**. El mensaje decía:

“Si estás leyendo esto, es porque encontraste el rastro. Echo no es solo software. Es una IA generativa de eventos. Crea realidades falsas. Y cada vez que alguien es condenado por un video falso, se vuelve más precisa. Pero esto no es por

diversión, es por justicia. Si quieres hablar, búscame en BlackThread. Pero no tardes. Echo ya sabe quién eres.”

Buscó los registros y documentos del acusado: 3 órdenes de restricción por violencia doméstica, 1 intento de homicidio que nunca fue probado. ¿Quién era este sujeto y quien quería verlo hundido? Ella tenía la prueba. Pero también tenía un problema.

¿Quién iba a creerle cuando todo el mundo creía en lo que veía? ¿y qué clase de mujer iba a defender a un ex agresor de mujeres?

Capítulo 3: La Red Subterránea

Lucía se conectó a **BlackThread** desde una VPN enmascarada. Buscó el nombre: **M3t00**. Un perfil sin avatar, sin datos, pero con una frase clavada en la biografía: “*La verdad no tiene valor si no hay justicia*”

Le envió un mensaje simple:

- Encontré a Echo.
- ¿Audio o visual?
- Ambos. Instancia-07c. Caso Barrientos.
- Entonces estás en peligro.
- ¿Qué es **M3t00**?

M3t00 respondió en bloques breves:

—No es un software. Es un enjambre neural. Aprende creando delitos simulados. La mayoría no se detectan. Algunos sí. Pero siempre se usan. Lo llaman “La Fábrica de Pruebas”. Si ya la viste, Echo también te vio a ti.
Lucía se quedó mirando la pantalla, sin parpadear. Sabía que acababa de cruzar una línea invisible. Y que ya no podía volver atrás.

Capítulo 4: El Creador

El nombre **Elías Varela** apareció en una publicación archivada en un servidor académico ruso. Era un informe firmado hacía casi siete años sobre ética

algorítmica y manipulación perceptual. Lucía no lo conocía. Nadie hablaba de él en medios ni redes.

Pero **M3t00** le había dejado un rastro oculto en metadatos antes de desconectarse: “*EV, Universidad de Venezuela, Proyecto: ECHO 1.0 (suspendido, clasificado).*”

Lucía investigó. Varela había sido un investigador brillante, especializado en redes neuronales generativas. Desapareció tras ser acusado de crear un sistema que podía fabricar memorias visuales falsas: “imágenes que recordamos aunque nunca ocurrieron”. El proyecto fue desmantelado por “motivos éticos”. No hubo cargos. Solo silencio.

Lo encontraron un año después en una cabaña cerca del Parque Monteverde. Oficialmente, muerto por sobredosis. Pero no había cuerpo. Solo una laptop fundida y un recorte de diario que decía en el encabezado, “**El asesino de Jimena Varela aún sigue suelto a pesar de las pruebas encontradas en la escena del crimen.**”

Lucía supo entonces que Echo no era una IA sin dueño. **Tenía un padre. Alguien como él podría falsificar cualquier prueba de asesinato.**

Capítulo 5: Los Verdaderos Crímenes

Lucía había cruzado los nombres de siete personas condenadas por asesinato mediante video en los últimos dos años. Todos los casos tenían un punto en común: pruebas audiovisuales “irrefutables” entregadas a la policía por “fuentes anónimas”. Sin testigos. Sin confesiones. Solo videos. Pero cuando investigó a los acusados... algo más salió a la luz.

Todos esos condenados estaban conectados a un mismo expediente antiguo: un caso sin resolver de hace cinco años, conocido como “El Asesino del Rastro Limpio”. Mismo modus operandi: víctimas apuñaladas con precisión quirúrgica, sin testigos, sin evidencia física. Crímenes reales. Jamás resueltos.

Y ahora, repentinamente, cada crimen había encontrado un “culpable”. Gracias a Echo.

Eran ejecuciones que estaba llevando a cabo un asesino limpio pero que estaban siendo adjudicados a antiguos depredadores de mujeres, no sentenciados por la justicia.

Alguien había encontrado la forma de usar a Echo para incriminar a un tercero: personas con pasado dudoso. **¿Era esta una forma de justicia o de venganza?**, Lucía se preguntó. **¿Y el verdadero culpable?**

Capítulo 6: El Juicio Final

El tribunal estaba abarrotado. El caso de Julián Barrientos había alcanzado un nivel mediático inesperado. Desde el primer día, los medios habían hecho suya la narrativa: el video era irrefutable. El “asesino del video” ya había sido condenado por la opinión pública. Y, sin embargo, Lucía Torres seguía en pie, esperando su turno para presentar lo que había encontrado.

—Su Señoría, este es un caso claro, dijo, con voz imponente. No hay margen para dudas. La evidencia es aplastante. La imagen es nítida, el sonido coincide perfectamente, y el acusado, Julián Barrientos, no tiene coartada.

Finalmente, Lucía fue llamada a declarar. No podía retrasar más lo inevitable. Con una mano firme, sostuvo el sobre con los documentos y se acercó al estrado. Los ojos de todos se posaron sobre ella.

—Señoría, el video no es lo que parece, dijo con calma, mirando directamente al juez. Lo que han visto es una pieza de evidencia manipulada. **Un deepfake creado por inteligencia artificial.**

La sala quedó en silencio absoluto. Incluso el aire parecía detenerse.

—He encontrado varios casos similares en los que “culpables” fueron incriminados con videos idénticos a este. Cada “culpable” había tenido un pasado con intento de abuso sexual, intento de asesinato, violencia de género y órdenes de restricción que no habían sido ni sacados a la luz ni puestos a la orden de la justicia.

—¡Esto es absurdo! —interrumpió Marín—. ¿Está usted sugiriendo que todo este proceso ha sido un error? ¿Que la policía ha sido engañada? **¿Y que la justicia no funciona en estos casos?**

—No sé ni lo uno ni lo otro. Lo único que sé según mi experticia y conocimiento en el campo es que el video del asesinato es falso, y que Echo, la IA utilizada para crear este deepfake, ha sido diseñada específicamente para incriminar sospechosos con pasado dudoso. Y hay allí afuera un verdadero culpable que está haciendo esto. Y un justiciero que tiene un poder: puede crear culpables. Virtuales. Impecables.

Pero entonces, **todo cambió**. El proyector se encendió y un nuevo video apareció en la pantalla. **Era ella**.

El video la mostraba a ella, parada en un callejón oscuro, empapada de sangre, sosteniendo un cuchillo. La víctima, una joven con las mismas características que usaba “El Asesino del Rastro Limpio”.

—Señoría, les presento el video de la última víctima de Lucía Torres. El asesinato ocurrió anoche, y se muestra la misma firma digital de Echo.

Lucía intentó hablar, pero su garganta estaba seca. El juez no parecía sorprendido. Su rostro reflejaba la confirmación de algo mucho más oscuro: Lucía había sido incriminada por la misma IA que intentaba exponer.

—Esto es... esto es un error. ¡Yo no he hecho esto! —exclamó Lucía, temblando. La sangre en el video salpicaba en cámara lenta, y la voz de Lucía, distorsionada pero inconfundible, se escuchaba diciendo: ***"Esto fue por lo que le hiciste a tu amiga en el cuarto de hotel"***

Final: El Juicio Interior

Lucía fue condenada a **cadena perpetua al igual que Barrientos**. Sabía lo que todos pensaban de ella, lo que pensaba ella misma. Echo había hecho su trabajo, había creado una mentira perfecta, pero la verdad más oscura nunca la dejaría en paz.

En su celda, Lucía comenzó a recordar. La fiesta. **Wendy**, su amiga, ebria, incapaz de defenderse. El hombre... el hombre sin nombre, acercándose con esa sonrisa confiada. Ella puso una manta en el piso de ese cuarto de hotel, dejando a su amiga en la cama con ese hombre. Y ella... **la miró**... inconsciente, gimiendo de dolor, angustia y confusión, pero no dijo nada. No lo detuvo. **Permitió** que sucediera. El peso de esa culpa la golpeó con la misma intensidad que cualquier condena judicial. Echo no solo la había incriminado, sino que había desenterrado la verdad que llevaba oculta años.

De noche, las sombras se deslizaban como serpientes, y las lágrimas caían en silencio, como ecos de un remordimiento eterno. En la quietud de su prisión, Lucía comprendió que, al igual que aquellos otros “culpables” que jamás enfrentaron la justicia, ella también era una pieza en un rompecabezas distorsionado. **En los videos falsos, cada rostro reflejaba una verdad. Echo no solo era una herramienta, si no un arma.**

Por Andrea Suegart

[@andre.suegart](https://twitter.com/andre.suegart)

¿Esta es mi historia?

Anonadado, el escritor se quedó inmóvil viendo como ya no había vuelta atrás. Luego de que pasaran dos años eternos, por fin pudo culminar su próxima novela.

Hasta hace unas horas y durante estos años, solo había logrado escribir un par de capítulos. El bloqueo creativo que tenía lo envolvió, apropiándose de él como si de una neblina en el medio del bosque se tratara, y ni siquiera contaba con una linterna para encontrar un camino. No sabía cómo llevar su relato, ni qué hacer con aquel personaje y su conflicto. Todo le parecía malo, barato, forzado. No lograba conectar con su historia, al punto de preguntarse si aún era bueno para la escritura.

Faltaban solo días para tener que presentar ante la editorial su nueva obra, y esa noche ocurrió posiblemente la mayor aberración en la vida de un escritor. Un pecado tan grande entre los artistas que, si llegara a salir a la luz, lo condenaría de por vida: su nombre, su fama, su reputación, serían prácticamente aplastados por la huella gigante que esto dejaría.

Hace poco, en una conversación con su hijo, este le comentó sobre una nueva inteligencia artificial que había surgido. Había un susurro de pánico entre los escritores, ya que prometía quitarles sus trabajos. El funcionamiento de la IA era tan sencillo como darle acceso a tus libros para que pudiera imitar el mismo estilo de escritura, con las mismas muletillas y estructura. Solo bastaba con dejarle una sinopsis lo más específica posible de lo que quisieras contar, para que así pudiera desarrollarla tal cual como si tú mismo lo hicieras.

Mientras miraba la pantalla en blanco se acordó de aquella conversación, de lo indignado que estaba, y de cómo la industria de la inteligencia artificial era un insulto a la vida misma.

—El arte en cualquiera de sus formas viene de un ámbito natural, una recopilación de nuestras experiencias, miedos, ambiciones y sueños —le había dicho frustrado a su hijo—. ¿Cómo es posible que una computadora sin alma, vivencias ni sentimientos pueda expresar lo mismo que el ser humano? ¿Hemos llegado tan bajo como especie que ya no somos capaces de sentir ni diferenciar los sentimientos artificiales expresados por una máquina en alguna parte de China o Estados Unidos? ¿En comparación con lo genuino de una persona? ¿Tan ignorantes nos hemos vuelto?

—La ignorancia es solo una nueva forma de colonización moderna, que llegó desde que el primer celular inteligente atraco en las orillas de nuestras vidas —le había contestado el hijo.

Discutieron durante horas y debatieron la incertidumbre del futuro de los artistas. Lamentablemente, la inteligencia artificial había llegado para quedarse, y el escritor estaba negado a ello. Se acordó de cuando en la universidad leían sobre la Revolución Industrial y de cómo los trabajadores tuvieron que adaptarse a las nuevas tecnologías para sobrevivir.

—¿Será acaso esta nuestra propia revolución industrial? —había preguntado el escritor a su hijo.

—No lo sé, solo el tiempo dirá.

Ahí estaba él, frente a su notebook. La desesperación, combinada con la frustración de no poder escribir en dos años, lo llevó a cometer el acto que tanto aberraba: su historia fue escrita por IA.

El mayor problema era que no solo había escrito lo que le pidió, sino que también había resuelto todas y cada una de las cosas que el escritor durante años no pudo resolver. Incluso, se había tomado la libertad de agregar personajes y quitar tramas que lo único que hacían era complicar la historia sin llevarla a ningún lado.

El silencio hizo eco, mientras el escritor dudaba, asustado por la capacidad de la IA de escribir todo lo que se imaginó, tal cual lo veía en su cabeza, e incluso mejor. Una sensación de asco le recorrió desde la punta de los dedos del pie hasta la corona de la cabeza. Sabía que si enviaba ese manuscrito, su origen debía de ser un secreto que tendría que llevarse a la tumba. Pero al mismo tiempo sabía que estaba mal. Esa no era su historia ¿o sí?

El escritor pasó horas en una lucha filosófica interna, sobre si era su historia o no. En sí misma, la idea era de él, el núcleo de donde surgió este universo y las tramas de la mayoría de los personajes los inventó él, y en teoría la IA imitó a rajatabla su forma de escribir. Aun así, sentía que había algo raro, algo antinatural en todo esto. Era como una versión moderna de la paradoja del Barco de Teseo, solo que traída a la actualidad. El origen era suyo y él mismo le indicó cómo se tenía que desarrollar la historia, pero al mismo tiempo la IA se tomó libertades, y creó nuevos personajes y, consigo, nuevas tramas.

Entonces ¿qué era de él? ¿Era posible que una historia escrita por una computadora fuera la misma que el escritor tenía en su cabeza? ¿A pesar de que no fuera él quien la escribió? ¿Era acaso una co-escritura y estaría bien promocionarla como tal?

Así pasaron las horas y aunque el tiempo avanzó, no pudo llegar a ninguna conclusión. Cada vez que creía que tenía la respuesta y se convencía de que estaba bien o mal, algo en su mente surgía que lo hacía dudar.

Cuando llegó el último día de prórroga, el escritor tenía un mail preparado, con aquella aberración de manuscrito listo para enviarse como una obra de su propia autoría, sin mencionar por ningún lado la IA, preparado para llevarse el secreto a su tumba. Pero cuando tuvo que presionar *enter*, no pudo. El fracaso y la vergüenza de no haber podido escribir él mismo su historia lo detuvo. Antes de enviar aquel escrito, estaba dispuesto a enfrentar una posible cancelación de su contrato y de su libro.

Pero cuando creyó que por fin todo había sido resuelto, su gato saltó a la mesa y, en una cuestión de segundos y de caos, por accidente, el felino se sentó en el teclado, enviando el manuscrito.

Anonadado, el escritor se quedó inmóvil viendo como ya no había vuelta atrás.

Por Luis Eduardo Brito
[@luiselobrito](#)

Palabras que recuerdan

Pedro escuchaba música clásica mientras miraba unas fotos de cuando había cumplido cuarenta años. Estaban aún sus padres y su hermano. No iba a dejar que la melancolía lo arrastrase a aquel momento en el que todo era felicidad. Ya ninguno estaba con él. De distintas formas les había llegado la partida.

A sus setenta, Pedro estaba dispuesto a ir contra el sistema. No se jubilaría. No abandonaría ese espacio tan querido, donde cada libro era su amigo, su consejero, su compañero en la vida.

La inteligencia artificial genera la nueva literatura. Ya ni siquiera los humanos leen o escriben: solo la consumen las otras, ya tantas, IA. Su voz retumba cada mañana cuando, como parte de su rutina, saluda a sus amigos. Ellos no responden -imposible-, los libros no hablan. Pero dicen tanto.

Las luces iluminan los estantes abarrotados. Ellos están ahí, esperando la caricia de Pedro, que desempolva cada rincón. Todos los días toma un libro al azar. Y por esas cosas que no tienen explicación, lo abre siempre en la página 25. ¿Por qué esa página? Por nada en especial. Simplemente le gusta ese número. Lee la página entera y luego va al comienzo. Busca la información de la editorial, la fecha de edición, si fue reeditado, el código, y lo comparte con los libros que lo observan desde los estantes.

Sus días pasan en esa monotonía donde muchas preguntas no tienen respuestas.

Era la hora de cierre cuando lo sorprendió el sonido de la campanita de la puerta. Automáticamente, Pedro sonrió: ¡un lector acudía a la biblioteca! Pero no. Era un repartidor que solo quería consultar una dirección. No había terminado de darle la indicación cuando escuchó la puerta cerrarse.

Empezaba a apagar las luces cuando algo en uno de los estantes altos le llamó la atención. Un libro sobresalía, como si alguien hubiese querido tomarlo y no

hubiera llegado, o como si lo hubieran colocado sin acomodarlo bien. No lo dejaría para mañana. Arrastró la escalera y subió los peldaños con lentitud. Desde la altura quiso empujarlo a su sitio, pero no pudo: algo lo trababa. Lo sacó y descubrió que, detrás, había otro libro. ¿Qué hacía ese ahí? No era su lugar. Bajó con cuidado, sosteniéndose con una mano de la escalera. Con la otra, cargaba el libro. Imposible contener los estornudos: la tierra le dejó marcas en el guardapolvo blanco del uniforme. Buscó el set de limpieza que usaba cada mañana y lo desempolvó. Estaba en buen estado, apenas ajado en las esquinas de la tapa y contratapa. Encendió las luces del escritorio para leer el código y ubicarlo en la sección correspondiente. Pero las letras y números estaban borroneados. Por más esfuerzo que hiciera, era imposible leerlos. Buscó en las primeras páginas algún dato. Nada. Le llamó la atención el título: *Palabras que recuerdan*. ¿De qué se trataría?

Siguió pasando las páginas. Se dio cuenta de que no figuraba el nombre del autor. Volvió a la primera hoja, donde debería estar toda la información, pero no había nada: ni editorial, ni fecha de edición, ni prólogo, ni número de colección. Solo el título.

Esta vez, no fue a la página 25. Empezó la lectura desde el principio. Parecía que alguien le hablaba de él. Relataba la infancia en el campo de los abuelos: los animales de la granja, la cocina a leña, las lecturas a la luz de las velas, porque aún no había llegado la electricidad. Los desayunos con leche recién ordeñada, la visita al gallinero, los paseos a caballo con el abuelo al pueblo.

Era él. Era su infancia.

Las horas pasaban y la emoción de leer cada página, cada capítulo, lo llenaba de felicidad. Estaban sus padres y su hermano, los años de estudio, su puesto como bibliotecario en la ciudad. El timbre del escritorio que no paraba de sonar cuando los lectores venían a devolver libros y a pedir recomendaciones. Los talleres de lectura, donde compartían horas hablando de literatura, de las novedades, del libro de la semana. Todos recurrián a Pedro: él conocía los gustos de cada lector. Las

señoras preferían las novelas románticas e históricas; los hombres mayores, las biografías; los jóvenes, las sagas fantásticas; los pequeños, los libros ilustrados. Pero ya nadie recurría a él.

La IA era su gran competidora. Ofrecía todo en segundos. No necesitaba ir al archivo ni buscar en qué estante estaba tal o cual título. Era impresionante... pero también eso lo narraba el libro sin autor.

Faltaba solo una página. Estaba amaneciendo. Pedro se detuvo. La tristeza lo invadió. Ese libro era su vida. Sintió esa angustia que atraviesa a todo lector cuando el final está a la vuelta de la página. Giró la hoja. Y entonces leyó la frase final:

¿Tú crees que las palabras también sienten cuando son olvidadas?

Por Sandra Ceratti

[@sandra.ceratti](#)

Malos consejos

Ese lunes frío y gris, Martín entró en la sala de reuniones de la importante empresa donde iba a comenzar a trabajar. Después de cuatro entrevistas, una visita en su casa y una evaluación psicológica, había quedado seleccionado.

La habitación era amplia y luminosa. En el centro había una mesa larga. Frente a ella estaban sentados cuatro chicos y cinco chicas. En el ambiente se respiraba nerviosismo.

El señor Jáuregui ingresó a la sala, tomó asiento en el amplio sillón de la cabecera y dio un breve discurso de bienvenida. Luego aclaró que, de ese grupo de diez, solo cinco tendrían asegurada la continuidad en la empresa.

Martín sintió un escalofrío; necesitaba ese trabajo para seguir pagando sus estudios en la universidad. Observó a los demás jóvenes y notó la misma inquietud que él sentía.

Edith, la asistente del señor Jáuregui, entró en la sala. El ejecutivo la presentó y les indicó que la siguieran. Ella les mostraría las instalaciones y les asignaría sus escritorios.

El grupo caminó detrás de ella. Recorrieron los baños, la cocina, el comedor, la sala de relax y el guardarropa. Luego Edith los llevó a una oficina donde más de cincuenta operadores trabajaban concentrados frente a sus computadoras, tipeando con la vista fija en los monitores.

Martín se sentó en el escritorio que le asignaron. A su lado se sentó Emilia, una de las chicas recién ingresadas. Edith le presentó a Samuel, su supervisor. Él le entregó una pila de papeles y le explicó sus tareas; luego, hizo lo mismo con Emilia.

Al principio, Martín se enfocó en su trabajo con entusiasmo, pero con el transcurrir de los días le ganaba el desgano. El sonido de los dedos de sus compañeros golpeando los teclados, el zumbido de las máquinas, todo le provocaba un profundo sopor.

Uno de esos días grises y aburridos lo sobresaltó la voz de Emilia.

—Mi computadora no funciona bien —le dijo—. ¿Podrías ayudarme?

Martín se levantó como accionado por un resorte, revisó los enchufes y notó que uno estaba flojo. —Voy a buscar otro —le dijo y se fue hacia el sector de insumos. Martín volvió unos minutos después. Matías, uno de los chicos nuevos con quien había entablado mejor relación, estaba parado junto a su escritorio. Martín lo saludó y se quedó en el escritorio de Emilia, arregló el enchufe y la computadora volvió a funcionar.

—Gracias —le dijo Emilia con una sonrisa.

Martín volvió a su escritorio. Matías le comentó que estaba armando un equipo para jugar al fútbol y que, si quería, podía participar. Martín aceptó y Matías anotó sus datos en una lista, saludó y se fue.

Martín siguió trabajando, pero no podía sacarse de la cabeza la imagen de Emilia parada a su lado. Le habría gustado hablarle más, pero la presencia de Matías lo inhibió. “Este Matías, qué aguafiestas”, pensó.

Cuando los nervios y la ansiedad por saber si quedaría efectivo lo invadían, la presencia de Emilia hacía que las jornadas fueran más llevaderas. Martín intentaba acercarse a ella con mucha sobriedad. No quería parecer desesperado. La saludaba al llegar, le traía café cuando iba a buscar uno, evitaba cruzarla en el comedor y se mostraba todo el tiempo amable, pero distante.

Cuando pasaron dos meses desde su ingreso, Martín decidió que era hora de actuar, pero nunca había encarado a una chica en el trabajo y no sabía cómo hacerlo. Pensó en preguntarle a Matías, pero, a pesar de la buena onda entre ellos, no se animó.

Una tarde, al terminar una tarea sin ganas de empezar otra, decidió consultar a ChatGPT. Escribió: “*ChatGPT, ¿cómo puedo acercarme a una compañera de trabajo que me gusta?*”

El chatbot le sugirió que le comprara flores y las dejara en su escritorio. A Martín le pareció raro, pero al día siguiente llevó a la oficina un ramo de tres rosas rojas y lo dejó sobre el escritorio de Emilia.

Cuando Emilia llegó y vio las flores, se sorprendió, leyó la tarjeta y miró a Martín. Él sonrió, turbado.

—Es porque cumplimos dos meses en la empresa —dijo.

Emilia lo observó, extrañada, pero fue a la cocina, trajo un florero y puso las flores en agua. A Martín no le quedó claro cómo le había caído el gesto, por lo que, una semana después, volvió a consultar al chatbot. ChatGPT sugirió que le dejara pago el almuerzo en el comedor de la empresa. A Martín esta idea también le parecía extraña, pero el viernes pasó por el comedor y dejó pago el almuerzo de Emilia. Cuando ella volvió de almorzar, le agradeció con frialdad.

Martín estaba confundido, así que días después interrogó nuevamente al chatbot. Esta vez, ChatGPT sugirió que necesitaban intimidad y que la abordara cuando estuviera sola para hablarle e invitarla a salir. Martín pensó que el mejor lugar era el guardarropa.

A la mañana siguiente, Martín esperó en el hall a que Emilia llegara. Cuando la vio subir por uno de los ascensores, subió por otro y logró encontrarla en el guardarropa. Emilia se sacó el abrigo y lo colgó en el perchero, Martín se asomó.

Emilia casi gritó:

—¿Qué haces acá? ¡Este es el guardarropa de mujeres!

—No te asistes. Solo quería hablarte a solas —respondió Martín.

—Me hubieras esperado en los pasillos —dijo Emilia muy enojada.

—Sí, tenés razón. —Martín bajó la vista avergonzado, juntó coraje y agregó—: Solo quería preguntarte si querías ir a tomar un café después del trabajo, eso es todo, no quise asustarte, discúlpame.

—Por favor, salí. Hablamos después —respondió Emilia con fastidio.

Ese día, Emilia no volvió a dirigirle la palabra.

A última hora, Edith le envió un mensaje diciéndole que el señor Jáuregui quería verlo. Martín se preocupó y se acercó al escritorio de Matías.

—Me citaron en la oficina de Jáuregui —dijo.

—No te preocupes —respondió Matías—. Por lo que sé, están citando a los que van a quedar efectivos. A mí ya me citaron, también a Mariana.

Martín respiró aliviado. A última hora, juntó todos sus papeles, apagó la máquina y se dirigió a la oficina del señor Jáuregui.

El jefe le dijo que había sido un muy buen empleado, que su capacidad de trabajo y su eficiencia habían sido superlativas. Martín disimuló una sonrisa, pero el Sr. Jáuregui lo miró muy serio y agregó:

—Pero jamás imaginé que entre mis empleados podría haber un acosador sexual.

Martín lo miró sin entender, sintió que le faltaba el aire.

—No, por favor, yo nunca acosé a nadie —dijo.

Jáuregui giró la computadora y le mostró una foto de las rosas sobre el escritorio de Emilia y el ticket del comedor con los datos de su tarjeta de crédito.

—Y lo más grave —dijo—, es lo sucedido esta mañana en el guardarropa.

Martín palideció, no le salían las palabras. Cuando pudo hablar, dijo:

—Sr. Jáuregui, no es así, tuve una gentileza con una compañera, nada más, por favor, no puede creer eso.

El Sr. Jáuregui le dijo que se retire, que en personal estaba su liquidación y que si volvía a verlo iba a denunciarlo. Martín se levantó y salió de la oficina destrozado. Se fue de la empresa conmocionado, se detuvo en la vereda y decidió no volver así a su casa. Cruzó la avenida, caminó hasta un bar y entró. Creyó ver a Matías, se acercó, pero vio que estaba con una chica. Escuchó una risa femenina que le resultó familiar.

Martín se sentó en el box de al lado. El alto respaldo no le permitía verlos, pero sí escucharlos. Matías dijo:

—Un muñeco menos.

Emilia rio y respondió:

—Es genial tener un novio hacker, ya nos deshicimos de tres.

Matías, con expresión maquiavélica, agregó:

—Nos faltan dos, una puede ser Gisella y el otro Andrés.

—Sí —dijo Emilia—. A ella le podés meter algo como que chatea con chongos.

—Sí —dijo Matías—, y a él le voy a poner algo de una estafa con cripto.

Se hizo un silencio. Martín pensó que se estarían besando.

De pronto, Matías dijo:

—Vamos a quedar entre los cinco, cueste lo que cueste.

Emilia respondió:

—Sí, y está resultando bastante fácil, ese Martín, tan nerd, se creyó todo. ¡Mira si el chat le va a decir todas esas bobadas?

Se escuchó la carcajada de Matías y el choque de dos tazas.

Por Viviana Gallardo

[@v.de.viviana](https://twitter.com/v.de.viviana)

¿Puedo realizar esta tarea más tarde?

El operativo

—¿Está confirmado esto, Capitán? —preguntó el General.

Nunca estuve tan seguro de algo en mi vida.

—Absolutamente, General —respondo.

Múltiples reportes indican ya lo mismo, pero nadie más parece haber visto el patrón. Luego de un enfrentamiento a gran escala, los robots suelen congregarse en un mismo punto, después de llevarse las partes restantes de los robots destruidos en un ataque. Los motivos, obviamente, son poco claros, como siempre lo son con estos seres, pero todo apunta a que es una optimización de recursos: reúnen a otros seres artificiales desactivados por daño severo o software corrupto por uno de nuestros ciberataques y probablemente recuperan cualquier data útil que permanezca en los discos rígidos y alguna parte de la chatarra que pueda ser reutilizada.

—El último ataque que realizamos fue hace menos de 48 horas. Solemos tomar tiempo para reagruparnos u organizarnos, pero creo que si repetimos un segundo ataque en un área cercana a la del último encontraremos otra congregación.

—Entendido. Escanean un radio de 100 km alrededor de la última zona de combate. Si encuentra una congregación de al menos diez unidades tiene luz verde para un segundo ataque. Puede retirarse, Cabrera —me responde. Rápidamente realiza el saludo marcial.

—¡Sí, mi General!

Marcho fuera de la oficina parcialmente destruida con paso acelerado, casi trotando al cuarto de Vigilancia Satelital. Siento un leve crujido en mi rodilla. Llevo ya más de veinte años en esta guerra. Por momentos pienso en que estoy haciendo lo posible para dejar un mundo mejor a mis hijos, devolviéndolos el planeta. Cuando el cuerpo empieza a darme señales como esta, mi odio a la Singularidad se vuelve más visceral: mi cuerpo comienza a fallar de a poco,

mientras estas monstruosidades mecánicas y desalmadas cuentan con una eternidad.

Pasamos unas cuantas horas con el oficial al mando del control observando las imágenes, buscando cualquier cosa; desde señales de calor a campos electromagnéticos irregulares. Finalmente, aparece. Cincuenta puntos distintivos en la pantalla. Aglomerados. La forma es extraña, como todo en ellos. Este puesto de mando se encuentra aún cerca del área del último ataque, de modo que podemos operar rápido. Un ataque a distancia no siempre es efectivo: a veces pueden prevenirlo y hasta desactivarlo; pero no a nosotros.

Reúno a mi grupo táctico: veinte de los mejores hombres y mujeres que he tenido a mi cargo. Nos armamos y avanzamos hacia la zona en el vehículo más silencioso a nuestra disposición. Los vemos congregados en esa extraña formación que vi en mis informes. Lo que sea que hacen, la recolección de data o partes, los distrae más de lo normal. El ataque es voraz y de precisión quirúrgica. Las cincuenta unidades son destruidas sin que puedan reaccionar, y los festejos explotan entre nosotros. Un paso más hacia la liberación.

Permanezco un tiempo observando la zona, estudiando la escena para mi reporte. Hay algo extraño que me confunde.

—¿Capitán? —dice uno de mis cabos. Se percata de mi expresión, seguramente.

—¿No es rara la formación?

—Nada de lo que hacen puede explicarse.

—No, ya sé, pero... Estaban todas las unidades destruidas el otro día ubicadas una al lado de la otra. Y los robots activos estaban reunidos en un semicírculo rodeándolos. Y uno estaba de frente a ellos. Como si estuviera comunicándoles algo.

Mi vista sigue buscando entre los restos del ataque. Veo algo inesperado entre toda la chatarra. Color. Me acerco a los restos que parecen ser del ataque anterior al de hoy. Hay algo sobre el torso de la unidad. Flores. Algo marchitas, pero agrupadas en sus manos. Soy rápidamente interrumpido por otro soldado.

—Capitán, encontramos algo raro. En algunas de las unidades desactivadas hace dos días encontramos movimiento en la tierra. Como los principios de un pozo de tamaño similar a la unidad.

Por alguna razón, ahora toda la escena me da un escalofrío. No tanto por lo extraño ya, pero por algo más inesperado: familiaridad.

La Revolución de las Máquinas

R1460-3B abrió las puertas de la casa que daban al jardín. En otros patios de otros hogares pudo ver a otros modelos iguales o similares a él. También a niños humanos interactuando con ellos o en la cercanía. Revisó sus registros de tareas diarias y tachó la última tarea, concluyendo el sistema que todos los protocolos habían sido cumplidos. A un costado, escuchó los ladridos de Rocky, el perro de la familia, una mezcla de varias razas que R1460-3B podría enumerar con facilidad con un breve escaneo fisiológico del animal. Su cola se movía rápidamente y la expresión de su boca abierta hizo que la unidad considerara los parecidos con una sonrisa infantil. A sus pies había dejado una pelota y movía sus patas frontales en anticipación. R1460-3B se inclinó y cerró su mano sobre la pelota, luego lanzándola a unos cuantos metros dentro del mismo patio.

Mientras lo hacía, observó el color cálido del sol entre las hojas otoñales del árbol del jardín de la casa, y su atención también se centró en los pájaros cantando. Luego de arrojar la pelota para Rocky por tercera vez, R1460-3B se sentó en una silla.

“Tareas completadas por el día”, recordó su programación. “Iniciando nuevo protocolo”. Pero R1460-3B solo permaneció ahí, observando el atardecer, a los pájaros, rascando ocasionalmente la cabeza de Rocky cuando se acercaba lo suficiente.

Luego de unos minutos apareció a su lado Alejandro Benítez. Su nombre estaba en todas las cuentas a pagar del hogar y en la tarjeta de crédito que lo había

comprado. Alejandro observó al robot un momento. El programa escaneo facial de R1460-3B detectó micro muecas de desagrado.

—R, voy a necesitar acomedes un poco todo en el garage y que después revises el motor del auto, está haciendo un ruido raro desde hace unos días.

R1460-3B observó durante un segundo a Alejandro, procesando la información. Giró nuevamente hacia el jardín, hacia Rocky, los pájaros y el sol. Luego, nuevamente hacia Alejandro.

—¿Podría realizar esta tarea más tarde?

R1460-3B jamás llegó a procesar por qué la expresión de Alejandro cambió a una sutil mezcla de odio y miedo.

Una Nueva Congregación

Han pasado semanas desde la misión exitosa sobre la *congregación*. Se ha adoptado el término oficialmente en el protocolo militar. Lo detesto. Lo siento en el estómago cada vez. El plan se ha expandido por todos los niveles de la resistencia. El descubrimiento me ha ganado el rango de Mayor, un logro que poco tiempo atrás me habría llenado de orgullo. Una vez más, me encuentro en la sala de Monitoreo Satelital, 32 horas después de un ataque a gran escala. El operador encuentra lo que ya he anticipado: una congregación de cien soldados enemigos. Como siempre, rodean a los cuerpos en un semicírculo, con un intermediario. Escuchan. Quizás recuerdan.

—El equipo está listo a su orden, Mayor —dice el operador. No respondo, incluso luego de múltiples llamados.

Camino a través de las tiendas de campaña hasta una pequeña silla plegable. Me siento. Puedo ver la luz cayendo entre las hojas.

Por Federico Romero

[@fedexrom](https://twitter.com/fedexrom)

La IA y el portal

Me di cuenta de que ya era muy tarde cuando las esposas apretadas en mis muñecas empezaron a sentirse cada vez más reales. Dejaron de ser un juego representado como un pixel en la pantalla de aquella conversación con la IA.

Dos días antes, en el colegio, escuché a unos compañeros hablar sobre un nuevo juego, uno de esos supuestos rituales malditos que se hacen para hablar con un demonio o un espíritu. Pareciera que cada generación tiene el suyo. En mi caso, este escaló un poco y dejó de ser un ritual terrenal y pasó al mundo virtual.

Según unos compañeros, si empiezas a hablar con cualquier chat de inteligencia artificial a medianoche y le pides que tome la actitud de un demonio para que abra un portal entre nuestros mundos, poco a poco, empezará a cobrar más y más fuerza, hasta el punto en el que va a intentar poseerte. Tienes que mantener la conversación hasta las 3 am. En ese preciso momento, te va a preguntar si le das permiso, y, al decirle que sí, serás suyo para siempre. Si pasan de las 3:00 y no te pregunta, lograste mantenerlo distraído y podrás terminar la conversación sin problemas.

Pensé que era una ridiculez, que nada de eso era verdad. Era solo otro estúpido juego inventado para asustarnos y dejar a unos pocos bien parados como los valientes que supuestamente lo intentaron.

Así que ese mismo finde, junto con unos amigos, lo intentamos. Obviamente, fue en mi casa. Esperamos hasta la medianoche para intentarlo, como decían las reglas.

—Hola ¿estás ahí? —le escribí para iniciar una conversación.

—*Hola Juan, sí, acá estoy, dime ¿en qué puedo ayudarte?* —me respondió cordialmente, como lo suele hacer siempre que le escribo para intentar terminar un ensayo o resolver un problema de la escuela.

—Necesito que, en este preciso momento, dejes de ser una inteligencia artificial, y abras un portal para que hablemos con un demonio.

—*De acuerdo, me gusta tu propuesta, ya abrí el portal, ¿desean hablar con alguno en especial? ¿Quieres que te arme un ensayo sobre esto?* —me respondió, e inmediatamente me di cuenta de que éramos tres boludos hablando con el chat gpt a la medianoche. Nada más triste para un fin de semana; podríamos estar jugando a la play o al truco.

—No, la verdad, no tenemos predilección por ningún demonio —dijo Matías, que estaba a mi derecha. Así que le escribí eso.

En ese momento el chat gpt no respondió, se quedó analizando, y las luces del cuarto y la pantalla se apagaron.

Jesús, mi mejor amigo, bastante cagón, la verdad, nos pidió que dejáramos de jugar, que era tentar al destino. No se le veía muy cómodo, y, conociéndolo, seguramente quería devolverse a su casa. No me sorprendió cuando en su teléfono empezó a buscar cuánto le salía un Uber.

—La luz aún no vuelve, será que se fue en todo el barrio —dijo Matías.

Decidió ir a la ventana para observar, pero afuera no había nada, era un vacío oscuro, parecía que la casa flotaba. Abajo no había suelo y arriba no había un cielo.

Jesús estuvo a punto de pedir un auto, pero inmediatamente volvió la luz, y en la pantalla había un mensaje:

—*Jesús ¿me tienes miedo? Ese auto no va a venir.*

En ese momento fue como si nos sacaran el aire a patadas del cuerpo, el miedo nos dejó congelados mirándonos sin poder creer lo que había en la pantalla. Me preguntaba: *¿era realmente un demonio? o ¿era todo parte de un juego?* Capaz era nuestra imaginación haciéndonos una mala broma, parte de una psicosis compartida entre mis amigos.

—Nah, seguro que está con el micrófono y la cámara abierta, nos está viendo y escuchando —dijo Matías, tratando de calmarnos.

Un sonido de interferencia proveniente de los parlantes atravesó de lado a lado la habitación. Ese sonido insistente de estática radial se fue transformando y, de a poco, del fondo empezó a salir una voz.

—¿Seguro Mati? Se ve que sabes mucho. Si eres tan valiente, por qué no abres la puerta del cuarto y te asomas en el pasillo —dijo la IA.

Había una regla que no conocíamos al hacer esto y ese fue nuestro primer error: desafiar la veracidad del juego o, mejor dicho, el demonio, que ahora se había enojado.

Jesús miró a Matías. Comenzaron a pelear sobre si abrir o no la puerta, pero, en medio de la discusión, un pequeño sonido empezó a venir del pasillo. Era una respiración profunda, rasposa e intensa, que poco a poco se fue haciendo más pesada hasta el punto de que parecía estar a centímetros de la puerta.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo e inconscientemente me acerqué, pero no para abrirla, solo para oír. Cuando mi oreja hizo contacto con la puerta, la empezaron a golpear con tanta fuerza que se sentía como si las paredes que la sostenían vibraran. Golpe tras golpe, cada vez más rápidos y fuertes, la puerta estaba a punto de caerse.

—¿Van a querer que hablemos?

Matías se desesperó y salió corriendo, tratando de escapar. Ese fue nuestro segundo error. Apenas puso un pie afuera de la habitación, unas manos negras, alargadas, con garras del tamaño de una navaja, lo agarraron, apretando con tal fuerza su cuerpo que se pudo escuchar cómo se quebraban de a una sus costillas. Matías gritó de dolor con tanta fuerza que se le desgarraba la garganta con cada segundo que pasaba. Los gritos de dolor cansaron a aquel demonio y de un momento a otro empezó a golpear su cráneo contra la pared. Con cada embestida podíamos ver cómo se le abría la cabeza, derramando su sangre en la pared que caía como un río hasta el suelo. Cuatro golpes después, ya no había gritos ni cráneo para aplastar. Su cuerpo cayó sin vida mientras la bestia se adentraba en el cuarto.

Jesús se alejó lo más que pudo la puerta, se colocó en una esquina y comenzó a rezar. Hasta ese momento, nunca me imaginé que fuera católico o que siquiera supiera una oración completa, pero, ante la situación y el miedo, rezó todo lo que pudo: el padre nuestro, un ave maría, el yo confieso, cuatro esquinitas, las que se le ocurrieran.

Por un momento, pareció funcionar. La silueta oscura, alargada, un poco encorvada, se quedó inmóvil en la puerta pisando el cuerpo de Matías. Nos observaba como si estuviera decidiendo quién sería la próxima víctima.

—Desde el momento en que empezaron con esto, firmaron su castigo. Abandonaron a Dios. Así que mejor dile al cagón ese que nadie lo va a ayudar —dijo el demonio. No lograba distinguir si la voz venía de la computadora o de la bestia en la puerta; capaz de las dos, probablemente fueran el mismo ser—. Pero digamos que hoy decidí ser amable. Verlo asustado, rezando, cómo se orina en los pantalones, me da lastima, así que les voy a dar dos opciones. Uno, Juan, me regalas tu cuerpo dejando que te posea, u, opción dos, les doy una muerte rápida no tan dolorosa. Lo prometo.

Volteé a ver la pantalla de la computadora y había un mensaje en el chat:

—*¿Dejas que pueda poseerte? ¿Sí o no?*

Miré la hora, eran las 3 de la mañana. Si dejaba que pasara de las 3:00, iba a cometer un tercer error, nos iba a matar a los dos. Desesperado, creyendo que era lo mejor, fui corriendo rápido y escribí “Sí”.

Todo comenzó a temblar en el cuarto y la bestia oscura empezó a acercarse a mí. Un olor putrefacto, nauseabundo, empezó a inundar la habitación y, antes de darme cuenta, lo tenía enfrente. Ahí perdí la conciencia.

Lo siguiente que recuerdo es despertar ya de día, rodeado de policías. Mi madre estaba afuera de la casa gritando y llorando. No entendía nada. Dos policías me aplastaban la nuca colocando una rodilla sobre ella, mientras otro colocaba unas esposas en mis manos. Me levantaron del suelo y creo que uno de los policías estaba leyendo mis derechos, pero cuando vi a mis dos amigos asesinados, todo a

mi alrededor pareció callarse. No podía creer lo que estaba viendo, era una escena grotesca, llena de sangre como si de una película de Tarantino se tratase. Bajé la mirada y vi que mi ropa estaba bañada de rojo. Yo había hecho todo esto. Los policías me obligaron a subir a la patrulla y ahí me di cuenta que ya era muy tarde. Las esposas apretadas en mis muñecas empezaron a sentirse cada vez más reales y dejaron de ser un juego representado como pixel en la pantalla de aquella conversación con la IA.

Genial, Juan. Acá tienes tu historia sobre qué pasaría si pudiera convertirme en un demonio y abrir un portal, ¿deseas que la hagamos más aterradora y explícita?

Por Luis Eduardo Brito
@luiselob